

Selecciones
POLICIACAS

FBI



**ADAM
SURRAY**

C **HICAGO**
71

PANIC

CHICAGO 71

ADAM SURRAY

SELECCIONES
DEL
F. B. I.

Adam Surray

CHICAGO 71

© ADAM SURRAY

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal,
aparece los viernes.

Cubierta impresa en couché TH



de TORRAS HOSTENCH, S. A.

Printed in Spain

D. L. M. 25.986-1974
ISBN 84-04-02653-X

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPITULO I

EL hombre de canosos cabellos hizo una breve pausa. Su mirada vagó con escalofriante indiferencia. Sus azules ojos no reflejaban emoción alguna. Carecían de brillo. De vida... Eran los ojos de un hombre ciego. Sus sarmentosas manos, de largos y temblorosos dedos, aprisionaban una Biblia de maltrecha encuadernación. El no podía leer, sin embargo todos los pasajes del sagrado libro estaban grabados en su mente con absoluta fidelidad.

El hombre pareció mirar fijamente a los presentes. Entreabrió los labios.

—¿Para qué seguir hablando? Ralph Quillan ya no está con nosotros. Ha entregado su alma al Todopoderoso. ¿De qué nos sirve ahora ensalzar sus virtudes? Dios las conoce y juzgará. También nos juzgará a nosotros, hermanos... y entonces será el castañear de dientes. Espero que Dios descargue su justa cólera sobre nosotros. Sí, sobre todos nosotros, culpables de la muerte de Ralph Quillan.

El hombre de los canosos cabellos inclinó la cabeza. Permaneció inmóvil durante unos segundos. Luego, su muerta mirada pareció desafiar a todos los presentes.

El hombre descendió del estrado.

Con lentos y torpes movimientos, sin ayuda de nadie, se encaminó hacia una de las puertas.

Las cuarenta personas, hombres y mujeres que se encontraban en la sala, comenzaron a desalojar el local.

Dos hombres, situados cerca de la puerta de salida, fueron los primeros en abandonar el recinto. El más joven extrajo una cajetilla de tabaco ofreciendo un cigarrillo a su acompañante.

—Tenía ganas de respirar aire puro.

—¿No te ha gustado el sermón, Richard?

Richard Connors succionó el cigarrillo mientras sus labios esbozaban una irónica sonrisa. Era un individuo de unos veintiocho años. Su rostro de correctas y varoniles facciones estaba perfectamente bronceado. Su figura era atlética, de fuerte complexión, denotando una elasticidad felina en todos sus movimientos.

—No.

—¿Por qué?

—Ese hombre es un derrotista.

—Ha dicho la verdad, Richard.

Richard Connors corrió levemente el nudo de la corbata. Con aire desganado y aburrido.

La ciudad de Chicago, en aquel caluroso día, semejaba a una de las

calderas de Satán. Un sol asfixiante se dejaba sentir en todo su vigor. El asfalto quemaba y los monstruos de cemento parecían despedir fuego.

—Tú sabes que no, Harold. Son miles de muertos el triste balance de la guerra en Vietnam. Lo de Ralph Quillan es una nueva baja. Simplemente eso.

—Ralph Quillan no cayó en acto de servicio. Fue algo más escalofriante.

—Es posible, pero no estoy de acuerdo con las palabras del reverendo Simmons —interrumpió Connors—. Por otra parte, nada de esto nos incumbe... ¿o sí?

Harold Freeman arrojó el cigarrillo a medio consumir. A sus cuarenta años, su rostro estaba surcado por prematuras arrugas y los cabellos griseaban en los aladares.

—Llevas poco tiempo en Chicago, Richard. No conoces a John Quillan.

—Sé que es un policía retirado.

Harold Freeman sonrió en amarga mueca.

—Sí, un policía retirado. Un hombre que ha dedicado los mejores años de su vida a combatir el crimen. Yo conozco bien a John Quillan. Un magnífico policía y un buen amigo. La tragedia parece cebarse en él. Primero su hijo James y ahora Ralph...

—Ignoraba que tu amistad fuera tan estrecha.

—El F.B.I. tiene por norma establecer buenas y cordiales relaciones con la Policía local. Yo llevo muchos años en Chicago. Mis contactos con John Quillan, por cuestiones de trabajo, nos han unido en una inquebrantable amistad. Tú todavía eres muy joven, Richard. ¿Dónde estabas hace unos años? En Virginia. En la Academia de Quantico. Sé que lograste el número uno de tu promoción, que has realizado importantes trabajos que han merecido la felicitación personal de Hoover...; pero aún te queda mucho por aprender, muchacho.

Richard Connors sonrió. A su salida de Quantico, en su primera misión, tuvo la suerte de trabajar al lado de Harold Freeman. Un veterano del F.B.I.

El tono paternal de Freeman ya le era familiar.

—De acuerdo, viejo. Aunque espero que mi estancia en Chicago sea corta, asimilaré tus sabios consejos.

Freeman también sonrió.

—Eres un pobre iluso, Richard. Los éxitos alcanzados se te han subido a la cabeza. No darás tan fácilmente con Howard Ekland. Incluso es posible que regreses a Nueva York con las manos vacías. El «niño bonito» de Hoover fracasa en su misión. Ese día me emborracharé con los compañeros del Departamento.

—¿Celoso?

—¡Seguro! ¡Tu maldita suficiencia me crispa los nervios!

Los dos hombres guardaron silencio.

John Quillan bajaba en ese momento las escalinatas del atrio. En su rostro, entrelazado de arrugas, se reflejaba una profunda tristeza. Tras él, e igualmente luciendo negras vestiduras, iba una mujer.

Una mujer joven.

De unos veintidós años. Su severa vestimenta no ocultaba la perfección de su cuerpo. Los túrgidos senos se marcaban sobre la negra tela. La estrecha cintura era acentuada por la suave redondez de sus caderas. Sus piernas, de largos y esbeltos muslos, estaban enfundadas en oscuras medias de blonda.

Ambos recibían los condolidos pésames de los presentes que iban abandonando el pórtico. El grupo se fue reduciendo paulatinamente.

John Quillan se percató de la presencia de los dos hombres del F.B.I. Después de recibir el último pésame, se aproximó a ellos.

—Gracias por venir, Harold. Y tú también, Connors.

Harold Freeman sintió un nudo en la garganta. Compartía con toda sinceridad el dolor de Quillan. Le consideraba un buen policía, un hombre recto, un amigo... Cualidades que no se encuentran con facilidad en el actual mundo corrompido.

—Lamento tu desgracia, John. Mis palabras no son una mera frase de cumplido.

—Lo sé, Harold, lo sé...

Freeman dirigió ahora la mirada a la mujer.

—Eres una muchacha de firme carácter, Janet. Estoy seguro de que lograrás reponerte y olvidar.

La muchacha no contestó. Parecía ajena a todo cuanto ocurría a su alrededor. Sus negros ojos, de mirada vidriosa y ausente, estaban fijos en un indefinido punto.

John Quillan esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

—Os espero esta noche en mi casa. ¿De acuerdo?

—No es nuestro deseo importunarte John. Necesitas descanso y...

—No, Harold. Lo que necesito es hablar con alguien, desahogar mis penas... yo también quiero olvidar.

—Muy bien. Hasta la noche entonces.

John Quillan rodeó con protector ademán los hombros de la muchacha. Cruzaron la calzada. El viejo ex-policía arrastraba levemente su pierna izquierda al andar.

Freeman chasqueó la lengua con apesadumbrado gesto.

—No creo que lo resista. Ha sido un golpe demasiado duro.

—¿Quién es ella?

—¿Janet? Era la prometida de Ralph Quillan. Tu pregunta está fuera de lugar, Richard. A veces dudo de que tengas sentimientos. ¿Nada te conmueve? ¿No sientes piedad por nadie?

Richard Connors dio la última chupada al cigarrillo. Optó por ignorar el comentario de su compañero.

—¿Nos vamos? Estoy perdiendo mucho tiempo.

Harold Freeman se irritó haciendo que su rostro se congestionara, pero era hombre de perfecto autodomínio. Se controló mientras sus labios forzaban una sonrisa.

—Todavía no he completado la información que has solicitado al Departamento.

—¿Para cuándo?

—Esta noche.

—Okay. Me pasaré por el Departamento a las ocho.

—No es necesario, Richard. A las ocho me encontrarás en casa de Quillan. Allí te daré el informe.

Los ojos de Connors produjeron un destello casi metálico. Contempló fríamente a su interlocutor.

—No me gustan tus métodos, Harold. Estás retrasando deliberadamente mi labor.

—En prueba de amistad voy a olvidar tus palabras.

—Muy amable.

—Te recuerdo que estás hablando con tu S.A.C. Tus aires de superioridad no van conmigo, muchacho. Llevo muchos años soportando la brisa del Lake Michigan, Ya nada me impresiona.

—Tengo carta blanca para actuar en Chicago. La misión me ha sido encomendada en Washington, por el propio John Edgar Hoover, y solamente a él...

Freeman alzó el brazo derecho interrumpiendo así a su compañero del F.B.I.

—Perdona, Richard. Sólo tres palabras: ¡Vete al infierno!

El Agente Especial Encargado giró con rapidez alejándose en precipitados pasos.

Richard Connors quedó unos segundos inmóvil. Con lento ademán extrajo la cajetilla de «Pall Mall». El cigarrillo humeó con indolencia entre sus labios.

Comenzó a caminar con las manos en los bolsillos.

En una cercana zona de *parking* tenía estacionado su coche. Un «Chevelle» de la casa «Chevrolet». Un cupé *beige* convertible de dos puertas que todavía se conservaba en buen estado.

Se acomodó frente al volante.

Volvió a permanecer inmóvil durante unos instantes. Interiormente reconocía su falta ante Harold Freeman.

«Carta blanca en Chicago».

No era eso lo que le había dicho Hoover.

El director del Federal Bureau of Investigation no podía decirle tal cosa.

Era el primero en aconsejar a sus agentes colaboración. El F.B.I. era una poderosa y temible organización. No se podía actuar solo.

Sin embargo Richard Connors estaba en Chicago para una misión especial. Un trabajo sumamente peligroso.

El agente especial Richard Connors era un experto en misiones difíciles. Siempre había salido triunfante. Pero en esta ocasión, en la populosa ciudad de Chicago, se iba a quebrar su buena estrella.

CAPITULO II

HAROLD Freeman pulsó el llamador.

Su espera fue breve. La puerta se abrió a los pocos segundos.

John Quillan se hizo a un lado franqueando la entrada. Su rostro seguía reflejando una indescriptible amargura.

—Hola, Richard.

—Buenas noches, John.

Los dos hombres atravesaron el *living* para penetrar en una amplia sala-comedor. Colillas, botellas vacías y restos de comida se amontonaban por doquier.

—Perdona todo este desorden, Harold. Desde que Ingrid fue internada nadie ha entrado aquí.

Freeman no hizo ningún comentario. Su sorpresa se debía a la prematura presencia de Richard Connors. El agente del F.B.I. estaba acomodado en uno de los sillones. Su mano derecha sostenía un largo vaso de *whisky*.

—Has sido muy puntual, Richard.

—Simplemente me he adelantado unos minutos.

John Quillan fue hacia el mueble-bar.

—Un *brandy*, ¿verdad, Harold?

—Sí, gracias.

El antiguo policía tendió una copa a Freeman. Los dos hombres se acomodaron en un largo sofá, frente a Connors.

Permanecieron en silencio.

Fue Harold Freeman el primero en iniciar la conversación. Carraspeó algo turbado.

—¿Cómo sigue Ingrid?

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Quillan.

—Algo mejor. Es posible que le den de alta la semana próxima. Puede que se reponga, pero necesita muchos cuidados.

—Todo saldrá bien, John.

—¿De veras? Yo no opino así. La desgracia se abate sobre mí con cruel insistencia. Ingrid necesita unos costosos cuidados que yo no puedo proporcionarle. Tú sabes que mi pensión no es muy elevada. Parte de mis ahorros se fueron en conseguir que James se graduara. Tantos años de sacrificio para nada. Todavía dudo que mi hijo James interviniera en aquella revuelta estudiantil. James era un muchacho pacífico.

—Fue un accidente, John.

—Sí... un accidente... Los policías lanzaban bombas lacrimógenas y disparaban al aire para contener a la horda estudiantil. Disparaban al aire... y James cayó con una bala en la cabeza.

Volvieron a quedar en silencio.

Harold Freeman vació su copa de *brandy* de un solo trago. Su compañero del F.B.I. parecía más calmado. Incluso una leve apatía se reflejaba en sus facciones.

—No había transcurrido un año cuando ocurre lo de Ralph —prosiguió Quillan con voz ronca—. Muerto en Vietnam. Después de burlar las balas del Vietcong, es abatido por el fuego de sus propios compañeros. Ralph no debió pasar al reconocimiento médico. Tenía una lesión en el cerebro. Estaba loco. Su madre lo sabía, Janet lo sabía, y yo... Todos estábamos al corriente de su enfermedad. No era peligroso, dado que su lesión era insignificante, pero el fragor del combate, la sangre derramada y las vicisitudes padecidas acabaron con su resistencia. Fue en Vietnam donde se volvió realmente loco. Por eso prendió fuego al barracón de los víveres. Su mente enfermiza le precipitó hacia el lugar donde se almacenaban las armas y municiones con idea de volarlo todo. Y fue entonces cuando tres de sus compañeros dispararon sobre él. Sí, Harold, lo sé. No había otra solución. Ralph Quillan ha muerto semanas antes de su definitiva regreso a los Estados Unidos. Los «boinas verdes» de Vietnam, Laos y Camboya vuelven a sus hogares. Pero Ralph no. ¡Oh, Dios, mío...! ¿Por qué? ¿Por qué no pudo esperar un poco más?

John Quillan, incapaz de controlar su dolor, rompió en ahogados sollozos.

Richard Connors se incorporó encaminándose al mueble-bar. Llenó de nuevo el vaso de Quillan.

Freeman procuró calmar a su amigo.

—Ya nada se puede hacer, John. Es inútil atormentarse.

—Sí... tienes razón... perdonarme... Yo debo resistir. No puedo dejar que el dolor se apodere de mí. Soy el único que quedo en pie. Ingrid no ha podido resistir el ver a sus dos hijos muertos en tan corto espacio de tiempo. Ha sido internada en un sanatorio psiquiátrico. Dudo que se reponga, Harold. Ni ella ni yo lo conseguiremos.

Quillan bebió a pequeños sorbos. Dirigió una agradecida mirada a Connors. Forzó una sonrisa que era desmentida por sus nublados ojos.

—Gracias, amigos... gracias por escuchar a un pobre viejo... Ya me encuentro mucho mejor. Tienes una importante misión en Chicago, ¿verdad, Connors? Saldrás triunfante. Harold me ha hablado muy bien de ti. Dice que eres uno de los mejores agentes de Hoover.

Connors sonrió.

—Harold es un mentiroso.

El Agente Especial Encargado comprendió el deseo de Quillan por cambiar de conversación. Aquello le satisfizo.

—Su misión es difícil, John. Tiene que capturar a Howard Ekland y recuperar los doscientos mil dólares robados a «United States Heywood,

Co».

—¿Ya se ha demostrado la culpabilidad de Ekland?

—Sí. El propio Connors descubrió la guarida de la banda y exterminó a tres de sus miembros, pero Howard Ekland logró escapar con el botín. Gran parte del dinero robado pertenecía a un Banco asegurado por la Comisión Federal.

—Tenía entendido que no fue Ekland sino otro individuo.

Harold Freeman asintió con extraña sonrisa.

—Cierto. Escapó un tipo muy distinto al Howard Ekland que figura en nuestros archivos, pero era él. El muy iluso, después de cometer el atraco, se hizo la cirugía estética para desorientar a la policía.

John Quillan arrugó instintivamente la nariz. Clavó sus diminutos ojos en Connors.

—¿Seguro que era Ekland?

—Sí. Uno de sus compinches, desesperado al verse abandonado por su jefe, le llamó por su nombre. Ekland, en su huida, quedó desarmado.

Las huellas encontradas en la «Magnum» corresponden a Howard Ekland. No hay duda posible. El haber desfigurado sus facciones de nada le servirá. Yo le conozco. Soy el único que ha visto su «nuevo» rostro.

—Si Ekland se percata de tu persecución no dudará en acabar contigo. Como tú mismo has dicho, eres el único que puede identificarle. Debes cuidarte, muchacho.

Connors sonrió cordialmente al viejo policía retirado.

—Lo haré. El F.B.I. cuenta con un retrato robot que yo mismo he realizado, aunque no creo que sirva de mucho.

—¿Qué os hace suponer que Ekland se encuentra en Chicago?

—Un billete de veinte dólares, uno de los robados a la «United States Heywood, Co», apareció aquí —dijo Freeman con voz carente de inflexión—. En un almacén del Boulevard Michigan. Puede que sea una falsa pista dejada por Ekland, pero nosotros creemos que se encuentra aquí. Tú sabes el por qué de nuestras sospechas, John.

—¿Te refieres a Angie Withers?

—Ahá.

—Creo que en esta ocasión el F.B.I. ha dado un buen patinazo. Ekland abandonó Chicago hace años. Sus relaciones con Angie terminaron.

—Tiene buenos amigos en la ciudad.

—Eran otros tiempos, Harold. Karl Goulding, Douglas Widmark y Howard Ekland intentaron crear un Sindicato del Crimen. Implantar en Chicago el terror de los años 30. Fracasaron. Widmark y Goulding cumplieron cinco años de condena en la prisión de Auburn. Ekland tampoco salió bien librado. Siete años en la cárcel de Albany. No, amigos. Los compañeros de Ekland han escarmentado. No ayudarán a un tipo incluido en la «lista» del F.B.I. Howard Ekland se encuentra solo y

desesperado. Eso explica su estupidez de al gastar el dinero robado a la «United States Heywood, Co».

—Puede que tengas razón, John. Pero nuestro único punto de partida es ese trio. Widmark, Goulding y Angie Withers.

—¿Puedo ayudaros en algo?

El Agente Especial Encargado dirigió una significativa mirada a Connors. Éste inclinó la cabeza como avergonzado.

—Tal vez, John. La policía local no ha podido facilitarnos datos de Angie Withers.

—En la Metropolitan Police son muy reservados.

Harold Freeman rió la ironía del ex policía.

—Cierto. Lo malo es que el F.B.I. tampoco ha conseguido localizar a Angie Withers. Tengo información sobre Widmark y Goulding, pero la chica parece que se la haya tragado la tierra. Tú eres el único que puede dar con ella, John. Tus largos años de servicio te han puesto en contacto con el mundo del hampa. Tal vez alguno de tus... amigos conozca el paradero de Angie.

John Quillan no pronunció palabra. Se incorporó del sofá con cansino ademán. Arrastrando su pierna izquierda fue hacia el teléfono situado en un rincón de la estancia. Su dedo índice recorrió torpemente el dial.

Habló durante breves minutos. Su voz no llegó con nitidez a los dos agentes.

Se volvió encaminándose de nuevo al sofá.

—¿Y bien? —inquirió Freeman.

—Todavía es pronto para saberlo. Mi... amigo Edmund llamará dentro de quince minutos.

—¿Edmund?

John Quillan esbozó una sonrisa carente de alegría.

—Es mí «informador» de confianza. Si él no consigue el paradero de Angie, nadie lo hará. Celebraría serviros de ayuda. Ahora soy un sabueso que ha perdido el olfato. Por eso disfruto aunque sólo sea ladrando desde la caseta. Por otra parte, la historia de Ekland me ha hecho olvidar momentáneamente mi tragedia.

—Tú eres hombre de valía, John. Lograrás sobreponerte.

—Yo no estaría tan seguro. La muerte de Ralph ha tenido lamentables consecuencias. Su pobre madre recluida en un sanatorio, y Janet...

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó Freeman algo perplejo—. Es lógico que le afectara la muerte de su prometido, pero pronto se recuperará. Es joven y bonita. La alegría de vivir corre por sus venas.

—No sé... ella estaba muy enamorada de Ralph. Los dos se amaban. Se habían criado juntos desde la más tierna infancia, compartiendo sus juegos, sus ilusiones... Ignoro lo profundo del dolor de Janet, pero puede que tú tengas razón. La vida sigue. Ella es joven y puede encontrar una

nueva ilusión. Para mí todo ha terminado. Ya nada me importa. Ahora siento nacer en mi corazón un odio que antes no existía. Odio a la sociedad, a las armas, a las guerras...

Harold Freeman prefirió guardar silencio. Sus palabras no iban a paliar el dolor de Guillan.

El teléfono repiqueteó en estridente sonido.

John Quillan se encaminó de nuevo hacia el aparato telefónico. En esta ocasión la conversación fue aún más breve. Regresó a los pocos segundos.

Los dos agentes del F.B.I. le miraban expectantes.

—Pocas veces me ha fallado Edmund —dijo Guillan con leve sonrisa—. Es un buen sujeto, pero no creo que llegue a viejo. Cualquier día aparecerá muerto en una sucia callejuela.

—¿Ha localizado a Angie?

—Por supuesto. Angie Withers se hace llamar ahora Marianne Lockin. También ha cambiado su negro pelo por una cabellera rubia como el fuego. Trabaja como «chorus girl» en la sala de fiestas del hotel «Carson». Su domicilio habitual es ignorado, aunque la mayoría de las noches las pasa en el mismo hotel donde trabaja. Ésa es toda la información.

—Suficiente, John. ¿Cuánto tienes que darle a ese Edmund?

—El muy cerdo me ha pedido veinte dólares. Sospecha que vamos tras Howard Ekland por medio de la chica y ha aumentado la tarifa argumentando serios peligros. Con quince dólares se dará por satisfecho.

Harold Freeman extrajo su cartera. Apartó veinticinco dólares que depositó sobre la mesa.

—Dale veinticinco dólares. Se los ha ganado.

Quillan contempló fijamente al agente especial. Sus ojos se nublaron mientras su rostro palidecía visiblemente.

Connors se incorporó.

—En marcha, Harold. Se nos hace tarde.

—Sí, tienes razón. Adiós, John. Nos veremos pronto.

—Buenas noches, señor Quillan.

El ex policía no respondió a la despedida de los dos agentes. Con lento caminar les acompañó hasta el *living*. Allí entreabrió sus temblorosos labios.

—Adiós... gracias por todo...

Los dos hombres del F.B.I. abandonaron el apartamento. Descendieron la escalera en silencio. Una vez en el exterior del edificio, Harold Freeman inspiró profundamente.

—¿Comprendes ahora, Richard? No se debe juzgar de antemano. Si te hice venir hasta aquí no fue por mero capricho. La Metropolitan Police nos negó, o puede que realmente lo ignorara, el paradero de Angie Withers. Nuestro Departamento no pudo dar con ella. Por eso acudí a Quillan. Más de veinte años de policía es toda una institución. Muchos maleantes

aprecian sinceramente a John Quillan e incluso le hacen favores.

—Está bien... está bien... te pido perdón por lo de esta mañana. ¿Satisfecho?

—No es eso lo que quiero, Richard, sino que recapacites. No se puede actuar solo. El F.B.I. no está integrado por superhombres. En algunos casos necesitamos ayuda y colaboración. En este sobre tienes la información completa de Karl Goulding y Douglas Widmark. Ahora, gracias a Quillan, también sabes el paradero de Angie Withers.

Connors guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. Sonrió en enigmática mueca.

—Muy mal has pagado el favor de Quillan.

—¿Qué quieres decir?

Richard Connors ya tenía la mano sobre la portezuela de su «Chevrolet». La sonrisa se acentuó en sus finos labios.

—Le has insultado al darle los veinticinco dólares. Solicitó quince dólares para pagar a ese Edmund. Sólo quince dólares.

—Quillan necesita dinero. Tiene muchos gastos y...

—Tu limosna fue inoportuna.

—¡Maldita sea! ¡No fue una limosna! John es mi amigo. Simplemente trataba de...

—Mal hecho, Harold —interrumpió nuevamente Connors abriendo la portezuela del coche—. Tu amistad con Quillan ha descendido muchos enteros. Le has escupido en la cara.

—¡Eso no es cierto!

—Como quieras, Harold. ¿Te llevo a algún sitio?

—¡Vete al infierno!

Richard Connors, ya acomodado frente al volante, rió en alegre carcajada.

Aquella despedida de Freeman ya le resultaba familiar.

CAPITULO III

RICHARD Connors fue directamente a su apartamento.

El descomunal edificio enclavado en el 1.240 de Weaver Street, cerca del Seward Park, contaba con infinidad de apartamentos de alquiler.

El agente del F.B.I., cómodamente reclinado en el sofá y con un cigarrillo humeando entre sus labios, estudiaba los datos facilitados por Harold Freeman.

Un largo vaso, con cuatro dedos de *whisky* y dos trozos de hielo, descansaba en la mesa próxima.

Las fichas de Karl Goulding y Douglas Widmark eran semejantes. Incluso en el parecido físico de las fotografías. Tipos de pelo negro, rostro anguloso, facciones enérgicas... Sus respectivos historiales abarcaban múltiples delitos. Robos a mano armada, tráfico de drogas, cohecho, chantaje... Sus hazañas se vieron interrumpidas por las «vacaciones» disfrutadas en la prisión de Auburn. Ahora, ambos sujetos parecían haber cesado en sus delictivas actividades. Karl Goulding dirigía un club juvenil denominado «Simoom». Su compañero Widmark era el propietario de una sala de billares. Según el informe del F.B.I., hacían gala de una conducta intachable.

Goulding y Widmark, capitaneados por Howard Ekland, habían formado un temible trío en la década de los años cincuenta. Sembraron el terror por las calles de Chicago emulando al tristemente célebre Alfonso Capone. No obstante cayeron en manos de la Justicia y purgaron sus culpas. Howard Ekland era el único que había vuelto a las andadas. Su asalto a la «United States Heywood, Co» le situaba nuevamente fuera de la ley.

Richard Connors bebió a pequeños sorbos el *whisky*. Aplastó el cigarrillo sobre el cenicero de bronce depositando las dos fichas en la mesa.

Se recostó en el sofá, cerrando los ojos.

No compartía la teoría de John Quillan. Si Ekland se encontraba en Chicago buscaría la protección de sus dos viejos camaradas. O tal vez acudiera a refugiarse en brazos de su antigua novia.

El agente del F.B.I. se incorporó del sofá consultando la esfera del reloj.

Había tomado una decisión. Comenzaría la investigación de inmediato. Era una magnífica hora para visitar el «nigth club» del hotel «Carson».

Hablaría con Angie Withers.

El viejo amor de Ekland.

Richard Connors se cambió de vestimenta. El severo traje, la camisa y la corbata fueron sustituidos por un veraniego suéter de cuello cerrado y chaqueta *sport* junto con unos pantalones claros. Aquello, unido a su

atlética figura, le asemejaba con un jugador de basket-ball; pero el reglamentario revólver del 38 que introdujo en la funda sobaquera rompía todo parecido con un profesional del deporte.

Era un agente del F.B.I.

Frío y cerebral. Fiel cumplidor de su deber hasta la muerte.

Abandonó el apartamento.

Dos calles más abajo tenía estacionado el «Chevrolet». Introdujo la marcha atrás para luego doblar ágilmente el volante hacia la derecha. Salió del aparcamiento.

Sus visitas a Chicago, aunque fugaces, eran frecuentes. Conocía la ciudad. Desde el Lincoln Park hasta Chinatown. Había arrugado la nariz ante el hedor de los famosos «Stock Yards»^[1] y disfrutado de la brisa del Lake Michigan.

La populosa Chicago, con más de cinco millones de habitantes, le era familiar. No le gustaba la ciudad. Sus ruidosas fábricas, las refinerías y demás industrias la hacían insoportable. Prefería la también turbulenta Nueva York.

El coche enfiló por la Newmar Road dejando atrás la Shafter Avenue. Después de un lento e irritante recorrido por las calles congestionadas de tráfico, se adentró en el barrio de Harding. Una de las zonas más miserables de Chicago. Equivalente al «The Bowery» neoyorquino.

El hotel «Carson» estaba enclavado en Natwick Street. Una calle sucia y maloliente donde proliferaban los tugurios de mala nota. Los luminosos de neón no lograban paliar el aspecto lúgubre de la calle.

Richard Connors no se adentró por Natwick Street. Estacionó el «Chevrolet» en una plaza colindante. Hizo el trayecto a pie hasta llegar al hotel «Carson».

El portero, luciendo un desgastado uniforme, realizó una profunda reverencia.

El «nigth club» del hotel estaba situado en el sótano. Una puerta, a la izquierda de la sala de recepción, le indicó el lugar.

Richard Connors descendió la escalera.

La chica del guardarropa estaba desnuda. O al menos ésa era la primera impresión, pero lo cierto es que llevaba un reducido vestido que quedaba oculto por el alto mostrador. Los hombros desnudos y el reducido escote producían el mencionado espejismo.

La mujer sonrió provocativa.

—Buenas noches, señor.

—Hola, nena. ¿Mucho ambiente ahí dentro?

—No es el carnaval de Río, desde luego. Yo termino mi turno dentro de dos horas. Conozco lugares más divertidos.

Connors sonrió.

La mujer no hacía mucha propaganda del local.

Un individuo de sucio *smoking* se aproximó a Connors. En sus labios florecía la más hipócrita de las sonrisas.

—Buenas noches, señor. ¿Tiene mesa reservada?

El agente del F.B.I. lanzó una superficial mirada por la sala. La mayoría de las mesas estaban desocupadas. Sólo el mostrador del fondo, junto a la pista, se veía algo animado.

—No, no la tengo —dijo Connors con marcado sarcasmo—. Un lamentable olvido, ¿verdad?

El *maître* no se percató de la ironía.

—Sígame, señor.

—Una mesa discreta, ¿eh?

—Muy bien, señor.

La pista circular estaba rodeada de mesas. A su izquierda se alzaba el largo mostrador. Abundaban los individuos con rostro de viajante de comercio y las «girls» entraditas en años y de opulentas formas. Varias parejas se deslizaban por la pista. La aburrida orquesta comunicaba al público su tristeza.

Un individuo muy atildado anunció por el «micro» la máxima atracción del «Carson». Su gangosa voz hizo imperceptible el nombre de la actuante.

Era una morena de muchas curvas especialista en danza oriental. No lo hacía del todo mal, pero para ganarse al selecto público tuvo que recurrir a procacidades de mal gusto. Fue muy aplaudida por el respetable. Sobre todo al despojarse del último velo.

Richard Connors solicitó otro *whisky*.

Comenzaba a impacientarse.

No veía a Angie Withers, alias Marianne Lockin, por ninguna parte. Harold Freeman le había proporcionado la fotografía. Se había teñido el pelo. Ése era el único detalle que debía tener en cuenta Connors.

Pero ninguna rubia deambulaba por el local.

Richard Connors encendió un «Pall Mall». Dejó que el cigarrillo humeara entre sus finos labios.

De pronto sintió que su pulso se alteraba.

Allí estaba Angie Withers.

Había salido de una puerta con la indicación de «private». Iba acompañada de dos mujeres más. Se distanciaron iniciando la rutinaria operación «consumición y tanto por ciento».

Había poco donde elegir.

Por eso, cuando la mirada de Angie Withers se posó en el agente del F.B.I. éste correspondió a la sonrisa.

La mujer se aproximó con un provocativo movimiento de caderas. Lucía un largo y ceñido vestido con una abertura a la izquierda que le llegaba hasta más arriba del muslo. El amplio escote dejaba ver parte de su generoso busto.

—Buenas noches, encanto.

—Hola, nena.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. Empezaba a aburrirme. ¿Por qué no has aparecido antes?

La mujer sonrió. Su edad oscilaba alrededor de los veintiocho años. Su rostro, de pómulos salientes, grandes ojos y labios gordezuelos, comenzaba a mostrar las primeras arrugas que ahora eran disimuladas por el maquillaje.

—Me estaba cambiando de ropa. Acabo de actuar, ¿no me has visto?

—Llevo tan sólo quince minutos.

—Es una pena. Te hubiera gustado el número. Mejor que el de la bailarina oriental.

—No lo dudo.

—Tendrás ocasión de verme actuar. Vuelvo a la pista dentro de treinta minutos. Tenemos ese tiempo para nosotros...

Las manos de la mujer habían aprisionado las de Connors, Este sonrió muy complacido.

—¿Qué quieres beber?

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—¡Seguro! Yo soy un tipo muy generoso.

—Tomaré un «Cherry». Es la especialidad de la casa.

El pedido de la mujer fue servido.

Levantaron los vasos.

—Por nuestro encuentro. ¿Cuál es tu nombre?

—Puedes llamarme Richard.

—Yo soy Marianne.

Connors sonrió fríamente.

—¿De veras? Creí que tu nombre era Angie. Angie Withers.

La mujer palideció. Su mano derecha tembló al depositar el vaso sobre la mesa.

—Te equivocas. Mi nombre es Marianne Lockin.

—Tengo tu filiación completa en uno de mis bolsillos, nena. Desde que vomitaste la primera papilla hasta hoy. No es necesario que sigas fingiendo.

—¡Sucio polizonte!

La mujer inició el ademán de incorporarse de la silla, pero Connors la retuvo por el brazo.

—Tranquila nena. Tenemos que hablar. Aprovecha bien tu «Cherry».

—¡Maldito bastardo! ¡Debí suponerlo!, ¡apestas a polizonte por los cuatro costados! ¿Qué queréis ahora? Llevo una vida honrada y no deseo volver a tener tratos con la Policía. ¿Por qué no me dejáis en paz? He cambiado de nombre y quiero cambiar de vida.

Connors, había encendido un cigarrillo. Sus labios dibujaban una burlona sonrisa.

—No sigas, Angie. Soy muy sensible y voy a echarme a llorar.

La mujer inspiró profundamente. La reducida tela pareció incapaz de contener su opulento busto.

—De acuerdo hombre-duro. ¿Qué se le ofrece al marrano de Cronwell?

—¿Cronwell? ¿Y ése quién es?

—El teniente Rudolph Cronwell de la Metropolitan Police. ¿No eres uno de sus agentes?

—No, muñeca. Yo pertenezco al F.B.I.

Angie Withers parpadeó, perpleja. Con estupefactos ojos contempló a Connors.

—¿F.B.I.?... Pero yo... yo no...

—¿Ya has hablado con Ekland?

La mujer permaneció unos segundos con la boca abierta. Acto seguido rompió en alegre carcajada.

—¿Era eso? ¡Muy gracioso, polizonte! Mis relaciones con Howard Ekland se interrumpieron hace años. El muy cerdo me abandonó por una «cocktail-waitress» de ínfima categoría. Luego, al iniciar sus «vacaciones» en la prisión de Albany perdí su rastro. No he vuelto a saber nada de él.

Connors continuó sonriendo. Succionó el cigarrillo con deliberada lentitud.

—Aún eres joven, Angie. Te conservas muy bien.

—Gracias, encanto.

—Sería muy triste que terminaras tus días en una sucia celda. O tal vez que ocupes la «silla caliente».

La sangre fluyó del rostro de la mujer. Sus manos volvieron a temblar visiblemente.

—¿Qué quieres decir?

—Es el F.B.I. quien busca a Howard Ekland, ¿comprendes? No se trata de un vulgar robo. Ekland ha dado un mal paso. Se le acusa de robo a una entidad asegurada por la Comisión Federal, y del asesinato de dos empleados. Vamos a ser implacables, Angie. Máxima pena para Ekland y sus encubridores.

—¡No sé nada de él! ¡Te lo juro!

—Te he dado un buen consejo, Angie. Puede que Ekland se ponga en contacto contigo. No te dejes tentar por los doscientos mil dólares que tiene en su poder. Es dinero maldito. Si se decide a gastarlo caeremos sobre él.

—Ekland no acudirá a mí. Ya te he dicho que nuestras relaciones terminaron hace tiempo.

Richard Connors no hizo ningún comentario. Extrajo una pequeña cartulina escribiendo unas líneas. Tendió el papel a la mujer.

—Ahí tienes mi dirección, Angie. Si sabes algo de Ekland me lo comunicas.

La mujer sonrió despectiva.

—Jamás haría tal cosa. No quiero tratos con Ekland, pero mucho menos con el F.B.I.

Richard Connors se incorporó depositando unos billetes sobre la mesa.

—Yo lo pensaría dos veces, nena. Hasta pronto.

—¡Hasta nunca, polizonte!

El hombre del F.B.I. volvió a reír. Con indiferente caminar se dirigió hacia la salida.

La chica del guardarropa había entablado conversación animosa con un individuo grueso y calvo. Al tipo se le caía la baba.

Connors subió la escalera.

Al abandonar el hotel «Carson» no se encaminó hacia el aparcado «Chevrolet», sino que dio la vuelta al edificio. Al doblar la esquina se adentró por una estrecha callejuela donde se amontonaban los bidones de basura. En una pequeña puerta se leía una breve advertencia; «Salida personal».

El agente del F.B.I. volvió sobre sus pasos. Quedó oculto en un soportal del edificio frontal al hotel. Desde allí dominaba aquella pequeña puerta sin ser visto.

Tan sólo tuvo que esperar diez minutos: La furtiva salida de Angie Withers por la puerta privada del hotel, hizo florecer una sonrisa en los labios del agente especial.

CAPITULO IV

ANGIE Withers abandonó la callejuela enfilando por Natwick Street. No parecía tener prisa. Su caminar era lento y pausado. Cantoneando las caderas y sonriendo provocativamente a los solitarios transeúntes. Había cambiado su llamativo vestido de noche por una sencilla falda y un ajustado suéter. Sus mórbidas piernas seguían enfundadas en las medias oscuras.

Richard Connors mantenía una prudencial distancia. Semiocultándose en los portales de las casas. Aunque separado por varias yardas no perdía de vista a la mujer.

Angie Withers no obraba tal y como él había imaginado. Se comportaba como una «Taxi-girl».

La mujer se detuvo en una de las esquinas. Abrió el pequeño bolso monedero para extraer la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo.

Un «Ford Mustang» rojo que enfilaba la calle fue reduciendo paulatinamente su velocidad. Con estridente chirriar frenó ante la mujer. Ésta se inclinó sobre la ventanilla del auto intercambiando unas palabras con su conductor. El individuo denegó con un movimiento de cabeza al mismo tiempo que ponía en marcha el vehículo.

Hasta los oídos de Connors llegaron los insultos que la mujer dirigía al conductor del «Mustang».

La mujer volvió sobre sus pasos.

El agente del F.B.I. tuvo que ocultarse en uno de los edificios para evitar ser visto. Angie pasó ante él con su indiferente caminar, con el insolente y sensual movimiento de caderas.

Connors prosiguió la persecución.

No pudo evitar un gesto de perplejidad en su rostro al ver como la mujer se introducía nuevamente en el «Carson».

Todo había resultado inútil. O tal vez Angie Withers se había percatado de la vigilancia a que era sometida.

Richard Connors profirió una soez maldición.

Su plan no había tenido éxito. La salida de Angie le proporcionó vanas esperanzas.

Suspiró, resignado encaminándose hacia el lugar donde tenía estacionado el «Chevrolet». No se desanimó, puesto que hubiera resultado demasiado sencillo el conseguir una buena pista tan fácilmente.

Connors sabía esperar.

Tarde o temprano Angie lo llevaría hasta el buscado Howard Ekland.

De eso estaba seguro.

Iba a abrir la portezuela del auto, cuando de pronto vio aparecer el «Mustang» rojo. Un sexto sentido le advirtió del peligro. Se arrojó sobre el

asiento delantero justo en el momento en que una ráfaga de ametralladora silbaba siniestra a su alrededor.

Richard Connors sacó velozmente su «Smith & Wesson» de la funda sobaquera. Disparó sobre el «Mustang», pero éste ya doblaba la esquina en vertiginosa carrera.

El agente del F.B.I. permaneció agazapado en espera de un posible segundo ataque.

Éste no se produjo.

Sin embargo sí se oyó el ulular de una sirena. A los pocos minutos apareció un coche patrulla de la Metropolitan Police. La luz roja giraba sobre la capota.

Descendieron dos policías uniformados que taponaron las portezuelas del «Chevrolet».

Connors sonrió.

Su revólver ya descansaba en la funda sobaquera.

—Igual que en las películas, amigos. Llegan tarde.

Uno de los policías, cuyo rostro semejava al de un fiero «bulldog», hizo ademán de desenfundar su pistola. Las balas incrustadas en la carrocería del «Chevrolet» eran harto elocuentes.

Connors se adelantó al policía.

Sacó su credencial situándola a escasas pulgadas de la nariz del policía. Éste forzó una sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Lo ignoro. Unos individuos dispararon sobre mí.

El agente de la Metropolitan tomó el nombre y filiación de Connors. De sus labios desapareció la sonrisa acentuando la expresión de «bulldog».

—¿No puede darme ningún dato? ¿Cómo eran los individuos? ¿Iban en coche?

—Todo fue muy rápido y no me dieron tiempo a reaccionar —mintió Connors descaradamente—. Creo que iban en un «Lincoln» pero no estoy muy seguro.

—Comprendo, señor: perdone —el tono irónico del agente de la Metropolitan Police no paso desapercibido por Connors—. Tengo que realizar el oportuno informe.

—Seguro. Buenas noches, amigos.

Richard Connors hizo rugir el motor del «Chevrolet».

No todo había salido conforme a su deseo, pero se daba por satisfecho. Había adelantado mucho terreno y pronto caería sobre su presa.

La obligada parada ante un disco rojo le permitió encender un cigarrillo.

El tráfico por las calles de Chicago ya era más luido. El pestilente barrio de Harding había quedado atrás. El «Chevrolet» después de un largo recorrido, se aproximó a la División Street. Ya muy cerca del Seward Park.

Minutos más tarde lograba estacionar el coche en Weaver Street. Casi frente al edificio de apartamentos enclavado en el número 1.240.

Descendió del vehículo silbando alegremente el tema principal de «Honey». Obra musical que hacía enrojecer a ¡Oh, Calcuta! y «Hair».

Después de saludar al soñoliento recepcionista de noche, se introdujo en el elevador.

Estaba ya frente a la puerta de su departamento cuando vio que la luz piloto del segundo elevador se detenía en aquella planta.

Richard Connors se desenfundó su pistola al mismo tiempo que se ocultaba en un recodo del largo corredor.

Sonaron unos ruidosos pasos.

Un individuo se detuvo frente a su apartamento pulsando el llamador.

Connors sonrió. Salió de su improvisado escondite guardando nuevamente el arma.

—Buenas noches, Harold. No son horas de visita.

Harold Freeman dio un respingo girando con rapidez.

—Maldita sea, Richard. Buen susto me has dado. ¿Qué haces ahí?

—Acabo de llegar. —Connors introdujo la llave en la cerradura—. Vi subir el ascensor y me previne ante alguna desagradable visita.

Los dos hombres penetraron en el apartamento.

—Sé que acabas de llegar, Richard.

—¿De veras? ¿Te ha informado el conserje?

—No te hagas el gracioso. Estoy al corriente de todo.

Habían pasado a la coquetona sala. Amueblada con lujo y buen gusto.

Richard Connors sirvió dos vasos de *whisky* ofreciendo uno a su compañero.

Se acomodaron en los confortables sillones.

—Lo celebro, Harold. Así me evito el tener que darte explicaciones.

—Estaba en el Departamento cuando llegó un boletín de la Metropolitan Police. Muy breve y lacónico. Por lo tanto empieza a contarme lo ocurrido con todo detalle.

Connors sonrió ante la desaforada subida de voz.

—Ya lo puedes suponer, Harold. Fui a visitar a Angie Withers.

El Agente Especial Encargado entrecerró los ojos hasta convertirlos en pequeñas rendijas.

—Sigue, Richard. Quiero ver hasta donde alcanza tu estupidez.

—Le pregunté por Howard Ekland.

—Ya. ¿Y ella te dijo dónde estaba?

—Por supuesto que no.

—¡Por supuesto que no! —gritó Freeman furioso—. ¿Te das cuenta, Richard? ¡Has espantado la caza! Hubiéramos vigilado a la chica y tarde o temprano nos conduciría hasta Ekland. Ahora todos habrán emprendido el vuelo.

Richard Connors no parecía compartir la excitación de su amigo. Se reclinó en el sillón bebiendo a pequeños sorbos. Chasqueó la lengua.

—No, Harold. Angie sigue en el hotel «Carson».

—¿Por qué?

—¿Entonces que has adelantado con ir allí?

—Muchas cosas. Ahora sé que Angie está en contacto con Eckland.

—Al abandonar el hotel «Carson» permanecí al acecho hasta ver salir a Angie Withers por la puerta falsa. La seguí durante un corto trecho. Angie deambuló por la calle sin rumbo fijo. Entabló fugaz conversación con varios viandantes y con el conductor de un «Mustang» rojo. Luego regresó al hotel. Cuando yo me disponía a marchar, fui atacado por dos hombres que iban en ese «Mustang» rojo.

—¿Quieres decir...?

—Angie, una vez que salí yo del «Carson», llamó a Ekland. Este supuso que yo había quedado al acecho y ordenó a la mujer que iniciara un breve recorrido por la calle para dar tiempo a que secuaces de Ekland se acercaran al barrio de Harding. El tipo del «Mustang», que a simple vista parecía concertar una cita con Angie, le comunicaba a la mujer que ya podía retirarse del escenario. Al ir yo a subir a mi coche, dispararon una ráfaga de metrallata.

—Ordenaré detener a esa Angie Withers.

—No, Harold. Negaría toda participación en el atentado.

—Ella habló con el fulano del «Mustang».

Connors encendió un cigarrillo. Ofreció la llama del encendedor a su compañero.

—Eso nada prueba. Argumentará que únicamente trataba de buscar compañía. Es mejor dejarla en libertad. Ella nos llevará a Ekland... o puede que el propio Howard Ekland venga a mí.

Freeman exhaló una bocanada de humo al mismo tiempo que arqueaba las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Angie tiene mi domicilio.

—¿Qué has dicho?

—Has oído perfectamente, Harold. Yo mismo le proporcioné mi dirección.

—¿Estás loco? Ekland te conoce. Sabe que solamente tú puedes identificarle. ¿Cómo diablos has cometido tamaña estupidez? Ekland enviará a sus secuaces para acabar contigo. Para terminar con el único hombre que puede reconocerle. Has firmado tu propia sentencia de muerte, Richard.

Connors sonrió con suficiencia.

—Todo eso lo sé. Ekland saldrá así de su escondite. Correrá ese riesgo. Y eso es precisamente lo que quiero.

—De poco te servirá. Y estarás muerto.

—Sé cuidarme.

—Pobre fanfarrón... En esta ocasión Hoover no te felicitará, sino que rezará un responso en tú tumba. ¿No lo comprendes? Ekland puede ahora controlar tus movimientos. Vigilarte día y noche a la espera de una buena oportunidad para desembarazarse de ti. Tú mismo te has puesto la sogá al cuello. De nada servirá, pero ordenaré que custodien el edificio.

—No, Harold. Eso echaría por tierra mi plan. Si Ekland se percata de la vigilancia no intentará nada. Y no quiero que actúe.

Freeman movió la cabeza de un lado a otro. Arrojó el cigarrillo con irritado gesto.

—Estás loco. Rematadamente loco...

—Tranquilo, Harold. Todo saldrá bien.

—Te prometo un buen entierro, muchacho. Adiós.

—Harold...

—¿Sí?

—Averigua quien es el propietario de un Ford Mustang rojo, matrícula 17M-633 de Michigan.

El Agente Especial Encargado quedó con la boca abierta. Su rostro reflejó estupor.

—¿El coche que te atacó?

—Ahá.

—Maldita sea. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Es un dato sin importancia. De seguro el coche es robado. Demasiado llamativo para el mundo del hampa. No creo que corrieran el riesgo de utilizar un coche propio.

—Opino igual, no obstante localizaré a su propietario. ¿Reconocerías a los dos fulanos?

—No. Era una callejuela oscura y el coche pasó a gran velocidad. Lo primero que hice al ver la ráfaga de ametralladora fue arrojarme al suelo. No tengo madera de héroe como tú.

—Muy gracioso. Adiós, Richard. Hasta mañana... o hasta la eternidad.

—No seas pesimista. Espero tus noticias sobre el «Mustang».

Harold Freeman se despidió con una sonrisa. Volvió a mover la cabeza en sentido negativo.

Su compañero fue con él hasta el *living*.

Richard Connors cerró la puerta del apartamento encaminándose hacia el dormitorio.

Diez minutos más tarde dormía plácidamente.

La amenaza que pesaba sobre él no le turbaba el sueño.

CAPITULO V

DOUGLAS Widmark se pasó la punta de la lengua por los resecos labios. Tenía la garganta seca y sentía un leve temblor en sus rodillas.

—No me gusta que me aprieten las clavijas, Karl. Mi deuda quedará saldada dentro de cinco días. Tal y como te dije.

Karl Goulding sonrió. Se reclinó en el estrafalario sillón. Todo el despacho estaba decorado en audaz plan futurista. Las acolchadas paredes lo aislaban del ruido exterior.

El hombre apartó el emboquillado de sus labios acentuando la sonrisa.

—¿De qué me hablas?

—Del dinero que te debo. ¿No me has hecho llamar para eso?

—Oh, no, amigo Douglas. Sé que los negocios no te marchan muy bien. Jamás presionaría a un compañero. ¿Olvidas los buenos ratos que hemos pasado juntos?

—¿Te refieres a los cinco años de la prisión de Auburn?

Goulding rió ahora en sonora carcajada.

—Eso ha estado bueno. Tu sentido del humor no ha cambiado. ¿Qué es de tu vida, Douglas? Llevamos mucho tiempo sin vernos.

—¿Qué diablos quieres, Karl? Sé que mi cochina vida no te importa.

—Te equivocas, compañero. Me interesa. Desde nuestra salida de Auburn, ¿has vuelto a caer en manos de la Justicia...?

—No.

—¿Seguro? ¿No te han vuelto a fichar? ¿Ni por una simple infracción de tráfico?

—No, Karl. Llevo una vida muy... ejemplar.

—Sí, lo sé. Sólo te dedicas a suministrar «petardos» a los jóvenes clientes de confianza.

—Tú lo has dicho: solamente a los de confianza.

—No llegarás a rico.

—Perdimos nuestra oportunidad hace años, Karl. No supimos retirarnos a tiempo. Tenía bellos proyectos. Disfrutar de la vida lejos de aquí... forrado de dólares...

—Se nos presenta una segunda oportunidad, Douglas.

—¿Qué insinúas?

Karl Goulding se inclinó sobre la mesa del despacho. Sus ojos relampaguearon en extraño fulgor.

—¿Crees que te he hecho llamar con tanta urgencia para recordarte los cochinos quinientos dólares que me adeudas? No, Douglas. ¡Al diablo con ellos! Nuestra deuda queda saldada.

—Muy generoso.

—No seas irónico, Douglas. Mi generosidad se debe a que pronto vamos

a ser ricos. Tú y yo. Como en los viejos tiempos.

—¿De veras?

Goulding pasó por alto el escepticismo de su compañero.

—Sí, Douglas. Sin riesgo alguno, sin exponer el pellejo y sin miedo a la policía. Vamos a desvalijar la caja fuerte de la «Garrick Company».

Douglas Widmark comenzó a reír. Primero con suavidad, para terminar luego en estridente carcajada.

—Pobre Karl... Ya somos viejos, compañero. Tengo cuarenta y cuatro años. No quiero terminar mis días en una celda haciendo compañía a las ratas. Reconócelo, Karl. Nuestra época ya pasó. No podemos madurar y planear un atraco. Necesitaríamos...

—Lo tengo todo, Douglas. No necesitamos nada. Absolutamente nada.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo la distribución del edificio, el emplazamiento de la caja fuerte, el funcionamiento de la señal de alarma, la hora propicia para actuar y la combinación de la caja.

Widmark quedó con la boca entreabierta. Tardó algunos segundos en reaccionar.

—Eso... eso cambia las cosas...

—Seguro, Douglas. No vamos a robar en la central del Boulevard Michigan, sino en una de las sucursales de la «Garrick Company». El botín está asegurado. Cien mil dólares. Un buen pellizco para empezar, ¿no es cierto?

—¿Para empezar?

—Eso he dicho. Hay otros proyectos en perspectiva. Audaces robos sin el menor riesgo. Todo planeado a la perfección.

—No entiendo esto, Karl. ¿Quién proporciona los datos?

—Eso no importa.

—¿Ekland?

Karl Goulding sonrió enigmáticamente. Se recostó de nuevo en el sillón llevándose el largo cigarrillo emboquillado a los labios.

—Nada puedo decirte. Ekland sigue escondido donde tú sabes. No interviene en el robo a la «Garrick Company», pero puede que necesitemos su ayuda para el futuro. Ekland es un especialista.

—¡Ekland es dinamita! No quiero tratos con él. El F.B.I. anda tras sus pasos. ¿Sabes lo ocurrido hace unas horas frente al hotel «Carson»?

—Por supuesto. Yo mismo envié a dos de los muchachos para que liquidaran a ese agente del F.B.I.

—¡Maldita sea, Karl! ¿Por qué? ¿Por qué diablos lo haces? No es asunto tuyo.

Goulding entrecerró los ojos contemplando fijamente la dorada punta del cigarrillo.

—Howard Ekland es amigo nuestro. Ahora está en apuros y debemos

ayudarle.

—No me engañas, Karl. Ése no es el verdadero motivo. Tú eres capaz de vender a tu madre por un dólar.

—De acuerdo, Ekland nos puede ser de mucha utilidad para nuestros próximos planes. La cirugía estética ha cambiado su rostro y puede deambular con toda tranquilidad por las calles de Chicago. Tiene documentación falsa y se comporta como un ciudadano más. El único inconveniente estriba en ese agente del F.B.I. Un tal Richard Connors.

—¿Que ocurre con él?

—Conoce al «nuevo» Ekland. Desarticuló su banda en Nueva York y estuvo a punto de cazarle. Le ha seguido los pasos hasta Chicago. Ekland cometió la estupidez de gastar algún dinero robado a la «United States Heywood, Co» pero eso no volverá a ocurrir. Ahora cuenta con nuestra protección.

Widmark frunció el ceño.

—No me gusta esto, Karl. Ekland nos traerá complicaciones. El F.B.I. no descansará hasta dar con él. Y eso nos arrastrará también a nosotros.

—El único que nos inquieta es ese Richard Connors. Será eliminado.

—¿De veras?

Goulding hizo caso omiso a la ironía de su compañero. Encendió un nuevo emboquillado.

—Los muchachos fallaron al precipitarse. La llamada de Angie nos obligó a actuar con rapidez. El tipo salió con vida, pero su impaciencia por atrapar a Ekland nos beneficia. El muy estúpido dio su dirección a Angie.

—Eso es una trampa, Karl. Espera que nosotros...

—Lo sé, Douglas... lo sé —interrumpió Goulding sonriendo con suficiencia— pero no somos tan tontos para picar ese anzuelo. No obstante podemos controlar los movimientos de ese agente del F.B.I. Esperamos la ocasión propicia. Yo me encargo de ello. Es preciso obrar con cautela.

La lengua de Widmark recorrió por enésima vez los resecos labios en un instintivo gesto. Se mostró algo nervioso.

—¿No habrá riesgo en lo de la «Garrick & Company»?

—Tranquilo, Douglas. Yo también guardo amargos recuerdos de la prisión de Auburn. No es mi deseo volver. Ahora todo será distinto. Todo muy sencillo. Haremos el trabajo tú y yo. Solos.

Los ojos de Douglas Widmark brillaron codiciosos.

—Cincuenta mil dólares para cada uno...

—No, compañero. Hay que hacer tres partes.

—¿Tres partes? ¿Por qué?

—El que proporciona los datos también entra en el reparto. Es lógico. Gracias a su información no corremos ningún riesgo. Nos sirve todo en bandeja. Los sistemas de alarma, la combinación de la caja fuerte, su emplazamiento.

—¿Quién es el sabelotodo?

Karl Goulding se incorporó del sillón. Comenzó a pasear por la estancia en actitud pensativa. Deliberadamente ignoró la pregunta formulada por Widmark.

—Bueno, Douglas. No hay tiempo que perder. Tenemos que ultimar los detalles. Antes de que amanezca se ha de realizar el robo.

CAPITULO VI

RICHARD Connors tomaba un zumo de naranja en el *snack* próximo al Departamento. Encendía un cigarrillo cuando se percató de la entrada de Freeman.

El Agente Especial Encargado fue a su encuentro.

—Buenos días, Richard. Podías haberte molestado en subir. Los muchachos están deseando saludarte.

—Precisamente por eso, Harold. Perdería mucho tiempo en saludos.

—Ya. Y tú tiene prisa por morir, ¿verdad?

Connors sonrió apartando el cigarrillo de los labios.

—¿Todavía preocupado por mi suerte?

—¡Seguro! No me gustaría que el niño mimado de Hoover apareciera acribillado a balazos en una callejuela de Chicago.

—Procuraré que eso no ocurra. ¿Qué hay del «Mustang» rojo?

Harold Freeman extrajo una cartulina del bolsillo superior de su chaqueta. La tendió hacia su compañero.

—Ahí tienes el nombre y domicilio de su propietario. Sidney Griffith, 834 de Taylor Boulevard.

—¿Griffith? ¿De las refinerías Griffith?

—Correcto. Ese Sidney es el hijo del poderoso Rudolph Griffith.

Connors suspiró resignado. Arrojó el cigarrillo con displicencia mientras su rostro dibujaba una mueca.

—Sabía que el «Mustang» era robado.

—Ahí está lo curioso del caso, Richard. Sidney Griffith no ha denunciado la desaparición de su «Ford».

Los ojos de Connors adquirieron nuevo brillo.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Me he comunicado con la Metropolitan. No han recibido ninguna denuncia.

—Bien... haré una visita a los Griffith.

—Procura dominar tus nervios, Richard. Los Griffith son gente poderosa e influyente.

—¿Me acompañas?

—No puedo —denegó Freeman con un imperceptible movimiento de cabeza—. Chicago ha amanecido algo revuelta. ¿No te has enterado?

—¿De que?

—Han robado en una de las sucursales de la «Garrick & Company». El botín se eleva a los ciento veinticinco mil dólares.

—Puede que nuestro amigo Howard Ekland no sea ajeno.

—Lo dudo. Ekland es un tipo listo y sabe que necesita reposo durante unas semanas. Según el boletín que me ha facilitado la Metropolitan Police

el robo se efectuó con limpieza. Ninguna huella.

Los ladrones conocían la combinación de la caja fuerte y el emplazamiento de las señales de alarma. La policía está investigando entre el personal de la Compañía. Aunque el trabajo parece realizado por profesionales, no es el *modus operandi* de Ekland.

—Tienes razón.

—Espero que la policía no tarde en capturar a los culpables. ¿Necesitas algo, Richard?

—No. Ya te comunicaré el resultado de mi visita a lo Griffith.

—Okay.

El Agente Especial Encargado levantó levemente el brazo en señal de muda despedida. Abandonó el local.

Richard Connors aún permaneció unos minutos en el *snack*.

Abonó el importe de la consumición encaminándose hacia la salida. Sus ojos estaban fijos en la cartulina proporcionada por Freeman.

El agente del F.B.I. se acomodó en el interior de su discreto «Chevrolet». Enfiló hacia Lincoln Park para luego desviarse por Webster Avenue. Dejó atrás el Grant Hospital. La intensa circulación de vehículos obligó a una marcha lenta y desesperante.

Después de un largo trayecto llegó a Taylor Boulevard. Una de las zonas residenciales más aristocráticas de Chicago, enclavada en uno de los lugares más tranquilos de la ruidosa ciudad. Marginada de las fábricas, refinerías, imprentas y demás estridentes industrias que proliferan por Chicago.

El número 834 de Taylor Boulevard pertenecía a un lujoso *bungalow* cercado por una alta muralla. La verja de entrada estaba abierta.

Connors se adentró circundando un monumental seto central. Estacionó el coche en un reducido *parking* cubierto. En el lado opuesto se veía la piscina de azules aguas.

Descendió del «Chevrolet» encaminándose hacia la casa.

Dos níveas columnas de mármol sostenían el amplio porche.

El hombre del F.B.I. subía los escalones cuando se abrió la puerta de la casa. Una doncella de color le recibió con cordial sonrisa.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. Quisiera hablar con Sidney Griffith.

—Lo lamento, señor. El señor Griffith está durmiendo.

Connors sonrió.

—Yo también lo siento, pero tendrá que despertarle. Soy agente del F.B.I. y necesito hablar con él.

—¿Qué ocurre, Dorothy?

La voz llegó desde el interior de la casa. La doncella se volvió con rapidez desapareciendo del porche. Regresó a los pocos segundos.

—Pase, por favor.

—Gracias.

Richard Connors penetró en la casa. En el amplio *living* le esperaba una mujer de edad ya avanzada.

—Soy la señora Griffith.

—Es un placer, señora Griffith.

—¿Qué quiere el F.B.I. de mi hijo Sidney?

El tono de suficiencia en la voz de la mujer hizo arrugar instintivamente la nariz de Connors. Procuró dominarse.

—Es un asunto sin importancia, señora Griffith. Unas simples y rutinarias preguntas.

—Sobre los últimos disturbios en la Universidad, ¿no es cierto? Mi hijo no tiene tendencias comunistas ni su campaña es antiamericana. Con su actitud rebelde sólo trata de...

—¿Puedo hablar con él? —interrumpió secamente el agente del F.B.I.

La señora Griffith alzó altivamente la cabeza mientras arqueaba la ceja izquierda.

—Tal vez pueda recibirle. Creo que ya está despierto... Espere un momento.

La mujer se alejó con ademanes de reina ofendida.

Connors consultó su reloj.

Las once horas veinte minutos.

El tal Sidney Griffith no era tipo madrugador.

A los pocos segundos apareció la doncella de color. Seguía sonriendo afablemente.

Tenga la amabilidad de acompañarme, señor. El señor Griffith le espera en su habitación.

Recorrieron un largo y alfombrado pasillo. La muchacha se detuvo ante una de las puertas. Dio dos suaves golpes y acto seguido empujó la hoja de madera. Se hizo a un lado para dejar paso al agente del F.B.I.

Richard Connors penetró en una habitación estrafalariamente decorada. Predominaban los «posters» de personajes de la política. Mao Tse Tung, el «Che», Fidel Castro... Pero todo era fachada. Sidney Griffith, un muchacho de unos veinte años de rostro enjuto y vidriosa mirada, se entretenía hojeando el «*Playboy*». Ése era su verdadero «*hobby*». Estaba tumbado sobre la cama. Sobre el floreado pijama lucía un batín de seda. Clavó sus ojos en Connors.

—¿Qué hay, viejo?

El agente del F.B.I. sonrió. Le agradaban aquellos jovenzuelos y solía disfrutar aplastándoles la nariz.

—¿Tú eres Sidney Griffith?

—Eso dice mi padre.

—Yo soy Richard Connors, del F.B.I.

—¡Qué miedo!

—No, Sidney. No trato de asustarte. Ya sé que eres un tipo muy duro.

—¿Se está burlando de mí?

Connors se aproximó hasta quedar junto a la mesa de noche.

—¿Yo? Jamás me atrevería a tal cosa. Tú eres Sidney, hijo del poderoso Rudolph Griffith, rey de las finanzas.

—Mi padre es un cerdo capitalista.

—Seguro, Sidney, seguro.

El hombre del F.B.I. encendió un cigarrillo ofreciendo la cajetilla al muchacho. Quedó con los ojos fijos en un descomunal «póster» de Mao Tse Tung. Su característico rostro, redondo, amarillo y con una verruga en la mandíbula, estaba rodeado por una leyenda de gruesos titulares. «Yo estoy soto con las masas. Esperando».

—Bonito pensamiento, ¿verdad?

—¿Es tuyo, Sidney?

—¡Es del gran Mao!

—Ah... ya... Bueno, Sidney. No quiero interrumpir por más tiempos tus profundas meditaciones —dijo Connors dirigiendo una irónica mirada a la página central del «Playboy»—. Sólo deseo que contestes a unas preguntas.

—¿Llamo a mi abogado?

—No creo que sea necesario, muchacho. Sólo tienes que decirme donde está tu «Ford Mustang» 17M-633 de Michigan.

—No lo sé.

—Explícate.

—Me desapareció hace un par de días.

—¿Dónde te lo robaron?

Sidney Griffith se encogió despreocupadamente de hombros al mismo tiempo que se incorporaba del lecho.

—Lo ignoro.

—¿Por qué no has dado parte a la Policía?

—Ya estaba cansado del «Mustang». Ayer me compré un Buick «Riviera», último modelo. Algo fuera de serie.

—Tu obligación era denunciar el robo.

Sidney Griffith rió en desagradable mueca.

—¿De veras?

—Sí, muchacho. Ése era tu deber de buen ciudadano. ¿De verdad no sabes dónde te fue sustraído el coche?

—Ya se lo he dicho. Oiga, amigo. ¿Por qué no se larga? Estoy cansado. Ayer me acosté tarde y tengo mucho sueño. Siga rastreando por otro lado, sabueso.

Connors sonrió divertido.

Los jóvenes de espíritu abierto como Sidney le resultaban simpáticos. Por eso soltó la zurda sobre el rostro del muchacho. El agente del F.B.I. no hizo alarde de toda su fuerza, sin embargo Sidney se vio impulsado hacia

el lecho desplomándose sin sentido.

—Ya puedes seguir durmiendo, Sidney.

Richard Connors salió de la habitación. El largo pasillo le condujo hasta el lujoso y amplio *living*. Allí le esperaba la señora Griffith.

CAPITULO VII

LOS fajos de billetes se amontonaban sobre la mesa.

Los dos hombres contemplaban el dinero con codiciosos ojos.

Douglas Widmark sonrió nervioso.

—Tenías razón, Karl. Un trabajo sencillo.

Karl Goulding estaba recostado en el sillón giratorio de su mesa de despacho. Su alargado rostro se veía adornado por una barba estilo «bearnés». Sus labios también dibujaban una abierta sonrisa.

—Jamás sospecharán de nosotros. No hemos dejado la menor huella. ¡Todo perfecto!

—¿Cuándo es el reparto?

Goulding consultó la negra esfera de su reloj.

—Faltan cinco minutos.

—¿Cinco minutos? ¿Para qué?

—Ya lo sabrás.

—Maldita sea, Karl. ¿No tienes confianza en mí?

Llevamos mucho tiempo juntos y...

—Tranquilo, Douglas. Poco puedo decirte.

—¿Con quién tenemos que repartir el botín?

—No lo sé.

Widmark resopló ruidosamente. Su rostro grasiento estaba perlado por gruesas gotas de sudor.

—Tengo derecho a saberlo, Karl.

—Todo ocurrió de forma muy extraña, Douglas. Recibí una misteriosa llamada. Un tipo me proponía robar en la sucursal de «Garrick & Company». Yo le seguí la conversación. Creí que se trataba de un chiflado o una broma. Me disponía a colgar el teléfono, cuando comenzó a proporcionarme datos. La combinación de la caja fuerte, su emplazamiento, las señales de alarma y demás información sobre la «Garrick & Company». El misterioso individuo nos conocía a los dos, Douglas. Dijo que el robo debíamos realizarlo tú y yo. Sin introducir a ningún otro en el negocio. Terminé por aceptar.

Widmark estaba boquiabierto. La perplejidad figuraba reflejada en su rostro.

—¿Por qué no me cuentas ahora Caperucita Roja?

Goulding rió en alegre carcajada.

—Sé que es difícil de creer, pero así ocurrió realmente.

—Pudo haber sido una trampa, Karl. ¿No lo comprendes? Pudo la policía haber puesto el anzuelo. Maldita sea. De saber esto no hubiera intervenido en...

—Todo salió bien, ¿no es cierto? —interrumpió Goulding sin

abandonar la sonrisa de sus labios—. Yo también tuve mis dudas y temores. Sospeché de alguna artimaña de la policía o de algún enemigo nuestro. Pero la información era buena. Un trabajo fácil y lucrativo. Nuestro misterioso comunicante llamará ahora. Le proporcioné el número de mi línea privada.

—¿Quién puede ser? Esto no me gusta nada, Karl.

—Debe ser un empleado de la «Garrick & Company».

—¿Qué te hace pensar eso?

—Simple deducción. El tipo sabía la combinación de la caja fuerte, los sistemas de alarma y todo lo relacionado con la sucursal. Decidió cometer el robo y se puso en contacto conmigo. Sin duda recordó nuestras fechorías de antaño. Estoy seguro que se proporcionó una buena coartada en la hora del robo. Nadie sospechará de él.

—Esto no me gusta nada —volvió a repetir Widmark, cuyo nerviosismo se acentuaba por momentos—. No quiero volver a...

El timbre del teléfono se dejó oír interrumpiendo las palabras de Douglas Widmark. No era el aparato situado sobre la mesa el que emitía el sonido.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

Karl Goulding se incorporó dirigiéndose hacia una especie de mueble bar. Allí, en uno de los compartimentos, se veía un teléfono rojo.

Goulding no pudo evitar un leve temblor en su mano derecha al descolgar el auricular.

—¿Sí?

Una voz ronca, deliberadamente deformada, llegó a través del micro.

—Buenas tardes, amigo Karl. ¿Ya más tranquilo y confiado?

Aquella voz susurrante crispaba los nervios de Goulding. Forzó una sonrisa.

—No del todo, compañero. No me agradaban los tipos que se mantienen en las sombras.

—Así es mejor para todos, Karl. Mi primera información os ha proporcionado más de cien mil dólares. Todos mis datos eran correctos, ¿no es cierto? Sólo es el principio, amigos. ¿Está ahí Widmark?

—Sí.

—Ambos debéis tener confianza en mí.

—¿Quién eres?

Una risa gutural llegó a través del hilo.

Goulding palideció. Creyó reconocer aquella diabólica risa.

—Mi identidad no importa. Dentro de poco me presentaré ante vosotros. Debo recoger mi parte del botín, aunque eso no corre prisa. Antes tenemos que realizar espectaculares robos. El de mañana hará historia en el gangsterismo de los Estados Unidos. El robo más audaz del siglo.

—¿Mañana?

—Sí, Karl. Ésta va a ser la semana negra de Chicago. Quiero bajo mis órdenes a auténticos profesionales. En esta ocasión vamos a necesitar la colaboración de Ekland.

Goulding sintió que gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro. Aquel misterioso individuo estaba al corriente de muchas cosas.

—No sé donde se esconde, Ekland. Yo no...

La silbante voz interrumpió a Goulding.

—No trates de engañarme, Karl. Ponte en contacto con Ekland y le explicas mi plan. De seguro aceptará. Nos espera un botín fabuloso, compañero. Más de un millón de dólares.

Goulding tragó saliva con dificultad.

—¿Qué hay que hacer?

—Te proporcionaré todos los detalles esta misma noche. Antes tienes que realizar un trabajo. Una misión delicada. Será como una prueba de confianza hacia mí. Si te niegas a obedecer, no obtendrás ningún dato sobre el robo de mañana, Karl. Recuerda que el botín es de un millón de dólares.

—Puedes contar con nosotros.

—Lo sabía, Karl, lo sabía.

—¿Qué debo hacer?

Se produjo una breve pausa.

La voz llegó de nuevo.

Ronca.

Gutural.

Diabólica.

—Debes volar con una carga de dinamita el Monumento a la Paz de Harbor Hill.

* * *

Las sombras del atardecer envolvían la ciudad.

Chicago apenas se percataba de ello. Infinidad de luminosos de neón se sumaban al alumbrado público. Almacenes y establecimientos rivalizaban en luz y colorido.

Los dos hombres que permanecían en la acolchada habitación parecían fieras enjauladas. Douglas Widmark paseaba de un lado a otro de la estancia.

—No debiste hacerlo, Karl. No debiste aceptar.

—¿Por qué no regresas a tu tugurio, Douglas?

Tienes muy abandonada tu sala de billares.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? ¿Por qué volar el monumento a la Paz?

—Ya te lo he dicho. Una prueba de confianza hacia nuestro hombre misterioso. Si con ello nos proporciona trabajo por valor de un millón de

dólares, soy capaz de volar el Chicago Tribune Tower Building.

—Pero es que... esto no tiene sentido...

Goulding se acercó a su compañero. Le palmeó amistosamente la espalda.

—Yo tampoco estoy muy tranquilo, Douglas; pero ahora ya es tarde para retroceder. Cummings ya habrá colocado la «sopa»(2) en el Monumento de la Paz. Nuestro misterioso comunicante espera los boletines de radio y televisión para conocer el resultado del atentado. Si todo sale conforme a sus deseos, nos llamará.

—Si desde un principio llego a saber que ignorabas la identidad de tu informador, no hubiera participado en el robo de la «Garrick & Company».

Goulding fue hacia el mueble-bar. Sirvió dos vasos de «Johnnie Walker». Procuró que su rostro reflejara un optimismo que estaba muy lejos de sentir.

—Nuestro trabajo fue un éxito. Y ahora nos espera un millón de dólares.

Widmark rió en agria carcajada.

—¿También sin riesgos? Un millón de dólares no se consiguen con tanta facilidad. Donde quiera que estén contarán con una estrecha vigilancia y...

—No te precipites, Douglas. Nuestro «hombre X» es un tipo inteligente. Estoy seguro que nos proporcionarán un plan perfecto.

Douglas Widmark consultó la esfera de su reloj. Su rostro, lívido y sudoroso, realizó una extraña mueca.

—Faltan quince minutos para la explosión.

—¿Por qué no te vas a descansar, Douglas? Te llamaré cuando reciba la información.

Widmark no contestó, limitándose a un leve y afirmativo movimiento de cabeza. Con lento paso se encaminó hacia la puerta.

Karl Goulding pulsó un botón desde su mesa. Tan sólo así se podía abrir la acolchada puerta.

Widmark abandonó el despacho.

La puerta volvió a cerrarse automáticamente.

Goulding quedó en el centro de la estancia. Incluyó la cabeza permaneciendo con la mirada fija en el amarillento líquido del vaso. Tampoco él mostraba muy tranquilo por la marcha de los acontecimientos. Se sirvió una segunda ración de *whisky*.

¿Qué provecho obtendría el misterioso comunicante con ordenar destruir el Monumento a la Paz de Harbor Hill?

Aquella pregunta le inquietaba.

Una luz piloto situada junto a la puerta se encendió emitiendo un leve sonido.

Karl Goulding acudió de nuevo junto a la mesa escritorio pulsando el

conmutador.

Un individuo penetró en el despacho.

—¿Qué ocurre, Dillman?

—Tiene visita, jefe.

—No recibo a nadie.

El llamado Dillman rió por lo bajo.

—Es una visita algo especial, jefe. Se trata de Richard Connors, el agente del F.B.I.

* * *

Richard Connors estacionó el «Chevrolet» en el *parking* próximo al club «Simoom». Cruzó la calzada en dirección al local. Un toldo rojo con ribetes blancos protegía la entrada. Un neón en amarillo, verde, rojo y azul, no cesaba de parpadear en breves y reiteradas intermitencias.

El agente del F.B.I. penetró en el local.

Se vio obligado a permanecer unos segundos inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra reinante.

Sonrió en burlona mueca.

Club juvenil...

Aquella sala parecía la entrada del infierno.

Una música estridente atronaba el local desde distintos altavoces. Chicos y chicas, rivalizando en melenas, se retorcían sobre la pista multicolor. Una «gogo-girl», luciendo una casi inexistente minifalda, berreaba en la jaula. La decoración era psicodélica, futurista e idiotizante. Tres pantallas, ajenas al estruendoso bullicio, proyectaban sendas películas. Un corto de Sennet, un documental sobre la invasión de Laos de primeros de año y un reportaje realizado en un campo de nudistas. Para todos los gustos.

Infinidad de «posters» adornaban las paredes. Predominaban los ídolos de la música «pop» y viejas glorias del cinematógrafo. Uno de los «posters» reproducía el famoso calendario de la malograda Marilyn Monroe. Su célebre «Chanel número 5» sobre fondo rojo.

Richard Connors cerró momentáneamente los ojos.

Aquellas intermitentes e incesantes luces lograban marearle.

La música cesó ante el berrear de chicos y chicas. La relativa calma duró poco. La voz de George Harrison, ampliada por los camuflados altavoces, se dejó oír. Su viejo tema «My sweet lord» era coreado por los histéricos gritos femeninos.

Las luces destellantes habían sido sustituidas por una tenue luminosidad amarillenta. Aquello acentuaba los rostros viciados del «respetable». Muchachos de largas melenas y mirada ausente. Chicas de demacrado rostro y profundas ojeras.

Un acre hedor a vicio y corrupción impregnaba el ambiente.

Richard Connors fue tanteando mesas y sillas aproximándose a un reducido mostrador oval.

El barman parecía un ramillete de flores. Sin duda se las daba de «hippie». Contempló perplejo a Connors. El agente del F.B.I. desentonaba en aquel antro sicodélico y «pop».

—¿Qué medicina le pongo?

—*Whisky* doble con soda.

Richard Connors depositó unas monedas sobre el mostrador. Con el largo vaso en su diestra deambuló por la sala. El espectáculo le producía náuseas.

George Harrison fue sustituido por Badfinger y su «No matter what».

El hombre del F.B.I. se dedicó a contemplar el corto de Senner y sus girls.

Todas las luces se apagaron.

La pista volvió a iluminarse. De nuevo parpadearon las multicolores luces destellantes.

Las parejas saltaron a la pista.

Richard Connors se había ido aproximando a una puerta señalizada con la indicación de «Private». Depositó el vaso sobre una de las mesas y, haciendo caso omiso de la advertencia, empujó la hoja de madera.

Casi dio de bruces con un corpulento individuo. El tipo, con aspecto de *cácther* retirado, sonrió mostrando su salteada dentadura.

—Se ha equivocado, amigo. Los lavabos están en el lado opuesto.

—Busco a Goulding.

—¿De veras? ¿Y tú quién eres?

Connors dudó unos instantes. No sabía si contestar a la pregunta o atizarle un trallazo en la boca. Optó por lo primero.

—Mi nombre es Richard Connors.

—Otro día, hermano. Goulding tiene jaqueca y no recibe a nadie.

—Conmigo hará una excepción. He olvidado decirte que soy agente del F.B.I.

El gorila parpadeó incrédulo.

—¿Es... es cierto eso?

—Anda, muévete. Estoy seguro que Goulding me recibirá.

El individuo, todavía mostrando perplejidad en su rostro, fue hacia una de las puertas del corredor. Reapareció a los pocos segundos, haciendo un muda seña a Connors.

El G-man penetró en una reducida antesala.

Dos hombres interrumpieron su partida de póker para contemplar fijamente a Connors. Ninguno pronunció palabra.

El agente del F.B.I. estuvo por jurar que aquellos dos hombres fueron los que le dispararon desde el «Mustang» rojo. Era una corazonada.

El cácther le señaló una puerta. Ésta se abrió automáticamente.

Richard Connors se introdujo en la segunda habitación. Un despacho de acolchadas paredes y decorado en la más audaz línea futurista. Reconoció al hombre que acudía a su encuentro.

Karl Goulding.

Le reconocía por la ficha que obraba en su poder. Con la única diferencia de la ridícula barba a lo «bearnés».

—¿Me permite comprobar su credencial, señor Connors?

El agente del F.B.I. se volvió.

La puerta se había cerrado a su espalda.

—Es usted muy precavido, Goulding.

—Debo serlo si quiero llegar a viejo. Hay muchos que envidian mi suerte y desean verme muerto. Por eso no me fío de nadie.

Connors sonrió mientras mostraba su credencial.

—¿Satisfecho?

—Le ruego me disculpe, Connors. —Goulding hizo una seña para que el G-man tomara asiento—. Mis medidas de precaución le parecerán absurdas, pero realmente son necesarias.

Richard Connors se acomodó en uno de los sillones. Aceptó el cigarrillo que le era ofrecido por su interlocutor.

—Creí que sus actividades ya no eran peligrosas, Goulding. Tengo entendido que se mantiene dentro de la ley.

—Sí, por supuesto; pero todavía tengo enemigos de mi época anterior a Auburn. Individuos envidiosos de mi actual suerte.

El hombre del F.B.I. succionó el cigarrillo. Dirigió una penetrante mirada a Goulding.

—¿Y amigos? ¿Le queda algún amigo?

—Muy pocos.

—Howard Ekland es uno de ellos, ¿no es cierto?

Karl Goulding no se sorprendió en lo más mínimo. Esperaba la pregunta. Sus labios trazaron una burlona sonrisa.

—Sí, en efecto. ¿Por qué voy a negarlo? Ekland es un viejo y buen amigo.

—Le hará un gran favor si me dice donde está.

—¿A él o al F.B.I.?

—Ekland caerá en nuestras manos. No tenga duda de ello. Cuanto antes ocurra será mejor para todos.

—Lamento no poder ayudarle. No sé nada de Ekland.

—¿Se ha puesto en contacto con usted?

—No.

A pesar de la tajante respuesta de Goulding, el G-man sabía que estaba mintiendo.

—Tiene un buen negocio, Goulding. La juventud se retuerce feliz en su

tugurio. Estoy seguro que los negocios marchan bien, ¿me equivoco?

—No me puedo quejar.

—Recuerde los años de la prisión de Auburn. Allí la vida no es agradable. Procure mantenerse al margen, Goulding. De lo contrario no podrá...

El timbre del teléfono interrumpió a Connors. Desvió los ojos hacia el mueble-bar.

Una marcada palidez se había apoderado de las facciones de Goulding. Instintivamente consultó la esfera de su reloj:

Ya se había cumplido la hora.

El Monumento a la Paz de Harbor Hill era un montón de escombros. Y esa llamada...

—¿No piensa contestar?

La pregunta de Connors, con un palpable tono irónico, hizo reaccionar a Goulding. Forzó una sonrisa mientras se aproximaba al mueble-bar. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

Una voz susurrante llegó hasta él. Una voz que ya le resultaba familiar. Kart Goulding sintió sobre él la dura mirada del agente del F.B.I. No era prudente entablar ahora conversación con el misterioso comunicante.

—Llame más tarde, amigo. Ahora no puedo atenderle.

Goulding depositó el aparato sobre la horquilla. Sus labios continuaban dibujando una forzada sonrisa a la vez que diminutas gotas de sudor, perlaban su rostro.

—Un proveedor. Siempre son inoportunos.

—Ya.

—¿Desea algo más de mí, Connors?

El G-man se incorporó del sillón con deliberada lentitud. Aplastó el cigarrillo sobre el cenicero. Su fría mirada se posó en Karl Goulding.

—No olvide mi consejo. Si vuelve a prisión será para no salir jamás, Goulding. Recuérdelo.

—Más que un consejo parece una amenaza.

—Es posible.

Goulding sonrió ya más seguro de sí.

—¿Se considera en condiciones de amenazar, Connors? ¿Qué ocurriría si ordenara a, mis hombres acabar con usted? Puedo hacer desaparecer su cadáver sin dejar el menor rastro. Esta habitación está aislada del mundo exterior.

Ningún sonido. Puedo vaciar el cargador de mi pistola con toda tranquilidad.

El hombre del F.B.I. sonrió.

—Inténtelo.

—Era una simple hipótesis, Connors. No soy tan tonto como para

llevarla a la práctica. Sé que sus superiores estarán al corriente de esta visita.

—No se preocupe por eso. Nadie sabe que estoy aquí. ¿Por qué no se decide, Goulding? Puede liquidarme con toda tranquilidad.

Karl Goulding entrecerró los ojos. El sudor se acentuó sobre su rostro. De buen grado hubiera dado esa orden a sus hombres, pero no se fiaba de Connors. Éste le estaba engañando con la verdad.

Goulding terminó por reír en estridente carcajada.

—Es usted hombre de temple, Connors. Y de buen sentido del humor. Sabe llevar una broma.

—¿Era una broma?

—¡Por supuesto! ¿Por qué iba yo a desear su muerte? Soy un buen ciudadano, Connors. Cinco años en la prisión de Auburn han saldado mi deuda con la sociedad. Ahora sólo quiero vivir en paz.

—Tengo la corazonada de que no volveremos a ver.

El G-man volvió a sonreír fríamente.

—Será un placer.

El agente del F.B.I. no contestó al irónico comentario. Giró sobre sus talones encaminándose hacia la puerta. El picaporte no cedió a su empuje.

Goulding, deliberadamente, demoró el pulsar el automático.

La puerta se abrió lenta y silenciosamente.

Richard Connors abandonó el despacho.

Karl Goulding nuevamente cerró la puerta. Su rostro seguía reflejando una cadavérica palidez. Sus ojos se posaron con intensa mirada sobre el teléfono rojo.

Su misterioso comunicante volvería a llamar.

(2) Argot del hampa para denominar la nitroglicerina.

CAPITULO VIII

RICHARD Connors detuvo el coche con estridente chirriar de frenos. Asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Harold!

Harold Freeman cruzaba la calzada en dirección a un estacionamiento de taxis. Giró la cabeza al oír la llamada. Cuando sus ojos descubrieron a Connors, corrió hacia el «Chevrolet». Abrió la portezuela acomodándose en el asiento delantero.

—Muy oportuno, Richard. Mi auto está estropeado.

—Llamé a tu casa. Tu mujer me dijo que continuabas en el Departamento y vine hacia aquí. ¿Horas extraordinarias?

El Agente Especial Encargado se reclinó en el asiento resoplando ruidosamente.

—¡Llevo un día infernal!

—¿Qué ocurre?

—Empieza tú, Richard.

—Poca cosa. Sidney Griffith es un niño mimado que se entretiene con el «Libro Rojo» de Mao y con el «Playboy» de Hefner. El «Mustang» le fue robado hace dos días e ignora el lugar. Luego fui a visitar a Karl Goulding. Un tipo muy simpático. Pese a permanecer dentro de la Ley cuenta con varios guardaespaldas.

—Todavía no se le ha ido la costumbre. ¿Algo en limpio?

—Tal vez, pero sólo he tanteado el terreno. ¿Qué me cuentas tú?

—Dos de nuestros muchachos son la sombra de Angie Withers. Hasta el momento la chica no ha dado ningún paso en falso.

—Paciencia. Creo que estamos sobre la buena pista.

—Gira a la derecha, Richard.

Connors dobló el volante abandonando Wells Street. El «Chevrolet» enfiló hacia Stanton Park.

—Te veo algo nervioso, Harold. ¿Te llevo a casa?

—No. Tengo que visitar a John Quillan. Hoy no ha sido un día tranquilo. De madrugada el robo a la «Garrick & Company» y ahora, hace apenas unas horas, han volado el Monumento a la Paz de Harbor Hill.

—¿Monumento a la Paz?

—Fue construido hace unos años en el barrio de Harbor Hill. Una estatua de cuatro metros de altura aproximadamente. Representa a un soldado norteamericano con el cañón del fusil apoyado en el suelo.

—Sí... ahora recuerdo... el artista fue un tal Delbert Smithee. Creo que fue levantado en honor a los muertos en Vietnam.

Harold Freeman no hizo ningún comentario. Permaneció con la mirada al frente. Perdida en un indefinido punto.

—¿Han atrapado al culpable? —inquirió Connors.

—No.

—Algún loco...

El agente Especial Encargado clavó ahora sus ojos en Connors.

—¿Por qué dices eso?

—¿El qué?

—Has dicho que un loco...

—¿Qué diablos ocurre, Harold? ¿Por qué te sobresaltas de ese modo?

La destrucción de un monumento público no encierra fines lucrativos. Tú sabes que por regla general es obra de un enajenado mental.

—Sí, lo sé.

Connors dirigió una fugaz pero inquisitiva mirada a su compañero.

—¿Qué te preocupa, Harold?

—John Quillan.

—¿Ocurre algo nuevo?

—Ingrid... su mujer, se ha fugado del sanatorio.

La noticia no pareció sorprender a Connors. Su rostro permaneció imperturbable, sin reflejar emoción alguna.

—¿Cuándo?

—Ayer. No quise avisar a Quillan puesto que confiaba en que la Metropolitan Police daría con ella. No ha ocurrido así.

La zurda de Connors sujetó el volante. Con la mano libre se llevó un cigarrillo a los labios. Atrapó el encendedor del coche exhalando una bocanada de humo.

—Sé lo que estás pensando, Harold. Algo que no te atreves a decir. Yo lo haré por ti. Ingrid puede ser la mano criminal que voló el Monumento a la Paz de Harbor Hill.

El Agente Especial Encargado no protestó. Guardó silencio como asintiendo a las palabras de su amigo. Dejó pasar unos segundos antes de hablar.

—Mentiría si negara que he tenido esa sospecha, Richard. Pero es absurdo. Ingrid sufre un simple ataque de nervios. Está destrozada por la muerte de su hijo Ralph. He hablado con el doctor del sanatorio. Me ha afirmado rotundamente que Ingrid Quillan no padece lesión mental grave. Simplemente sus nervios están excitados y necesita mucho reposo. Y bastante tranquilidad.

—¿Por qué se ha fugado del sanatorio?

—Lo ignoro.

—¿Qué se utilizó para destruir el Monumento a la Paz?

—Todavía no he recibido oportuna información. Cuando ésta llegue, Ingrid quedará libre de toda sospecha. Incluso puede que a estas horas ya tengamos al culpable.

—¿Qué vas a decirle a Quillan?

Freeman se mesó los cabellos en nervioso ademán. Sus labios trazaron una firme línea.

—Tiene derecho a saber la verdad. Su mujer, enferma y con los nervios desquiciados, deambula sin rumbo por las calles de Chicago. No quiero ser pesimista, pero puede ocurrirle lo peor.

—Prefiero no subir.

Como gustes.

El corto trayecto que quedaba para llegar a la casa de John Quillan transcurrió en silencio. Connors giró el volante. Dado que la detención iba a ser breve estacionó el coche en doble fila.

—Te llamaré mañana, Richard.

—Okey.

Freeman descendió del vehículo. No llegó a penetrar en el edificio. En la acera estaba Janet.

—¡Hola, Janet! ¿Qué haces aquí?

Richard Connors también abandonó el coche al percatarse de la presencia de la muchacha. Ésta sonrió levemente.

—Buenas noches, señor Freeman. Vengo de visitar a John. Ahora estoy a la espera de un taxi para regresar a casa.

—Yo puedo llevarla, señorita —intervino Connors aproximándose—. Será un verdadero placer.

Janet clavó sus negros ojos en el agente del F.B.I.

—Conoce a mi compañero Richard Connors, ¿verdad?

—No... no recuerdo...

—Estuvo en el sepelio de Ralph —aclaró Freeman.

—Le ruego me perdone... ese día estaba algo aturdida.

Connors sonrió cordial.

—¿Acepta mi invitación?

—Sí, desde luego. Ya es muy tarde. Llevo cerca de diez minutos en espera de un taxi. ¿Viene usted, señor Freeman?

—No. Voy a saludar a John. Adiós, Janet.

—Adiós...

El agente Especial Encargado dirigió una significativa mirada a Connors, pero éste la ignoró deliberadamente. Abrió la portezuela del «Chevrolet», cediendo el paso a Janet.

La muchacha lucía un sencillo modelo de crep de lana. Chaqueta color ciruela sobre minivestido blanco. Al acomodarse en el asiento la corta falda ofreció el espectáculo impagable de unos largos y bronceados muslos.

Richard Connors, en un alarde de férrea voluntad, desvió los ojos de aquellas mórbidas piernas.

Puso en marcha el auto.

—¿Hacia dónde?

—Seaton Street.

—¿Seaton Street? No sé...

—Cerca del Barrio Roseburg, una travesía a Winner Road. ¿No es usted de Chicago?

—No. Tengo mi residencia habitual en Nueva York. Estoy aquí por razones de trabajo.

—¿También pertenece al F.B.I.?

—En efecto.

Janet inspiró profundamente. Sus túrgidos senos se hincharon al máximo. Del bolso monedero extrajo un «Newport». Connors rechazó con un ademán el cigarrillo mentolado.

—Su trabajo no debe ser agradable, señor Connors.

—A mí me gusta. El Federal Bureau of Investigation lo es todo para mí.

—Puede que ahora esté satisfecho y contento, pero si llega a viejo, cosa que no todos alcanzan en su profesión, renegará del F.B.I.

Connors arqueó las cejas.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Cuando se sienta desplazado, cuando ya no sea de utilidad al Departamento, cuando vean que ya no sirve... le echarán a un lado. ¿Qué ha ocurrido con John Quillan? Cerca de veinte años al servicio de la Metropolitan Police. Una herida en la cadera, sufrida en acto de servicio, le impide andar con normalidad. Ya no es útil en la Brigada de Homicidios. Le han retirado antes de tiempo. No es de extrañar el rencor y odio en el corazón de Quillan.

—John es una buena persona.

—Todo tiene un límite, señor Connors. Ni el paciente Job lo soportaría. El odio de John Quillan hacia la sociedad es justificado. Sus hijos han muerto violentamente. Los dos. Mi prometido Ralph Quillan amaba a Chicago. Deseaba volver, y sin embargo... ha muerto en un país extraño, luchando por una causa que no era la suya...

La muchacha hablaba pausadamente. Sin alterar su voz. Casi con suavidad. Sin rencor en su dulce voz.

—Todas las guerras son odiosas y ninguna justificada.

Janet sonrió levemente.

—No trate de consolarme, Connors. Mi corazón es fuerte. Ralph Quillan ya pertenece al pasado. Es un fantasma en mis recuerdos. Dios quiera que John e Ingrid puedan olvidar con tanta facilidad. ¡Triste herencia la de los Quillan...!

—¿Qué quiere decir?

Los negros ojos de Janet contemplaron con intensidad al G-man.

—¿No sabe lo ocurrido con Ralph?

—¿Se refiere a su locura...?

—Sí. Igual sucedió con su padre, su abuelo... La maldición pesa sobre los Quillan.

Las manos de Connors se cerraron crispadas sobre el volante.

—¿Su padre...? ¿John Quillan...?

—Creo que todo empezó con su bisabuelo. En un acceso de locura incendió su hogar pereciendo su mujer y los tres hijos. Su abuelo se arrojó por el hueco de un ascensor. John Quillan, afortunadamente, sólo ha sufrido leves crisis. Los verdaderos ataques de locura sobrevienen fruto de la desesperación. Eso le ocurrió a Ralph en Vietnam. La tragedia se ceba sobre los Quillan, pero John ha sabido dominarse.

Connors guardó silencio.

Pensaba en John Quillan.

En su locura... y en el Monumento a la Paz de Harbor Hill.

El «Chevrolet» se adentró por Seaton Street.

—¿Qué número?

—El 430.

Richard Connors fue reduciendo paulatinamente la marcha. Se detuvo dos números más abajo del indicado. Allí tenía lugar para dejar el coche. Realizó hábilmente la maniobra de aparcar.

—¿Quiere subir? Le invito a un *brandy*.

Connors se sorprendió ante la proposición de la muchacha, no obstante su estupor pasó desapercibido.

—Acepto de buen grado.

Descendieron del vehículo.

El número 430 correspondía a un edificio de lujosa entrada.

El recepcionista corrió a abrir la puerta del elevador. Sus ojos contemplaron con evidente curiosidad a Connors. Sin duda no estaba acostumbrado a que Janet llegara acompañada.

El ascensor se detuvo en la segunda planta.

Richard Connors dejó pasar a la muchacha. Instintivamente sus ojos se posaron en la cimbreante cintura femenina, en la suave redondez de sus caderas y en aquellas piernas de largos y esbeltos muslos.

—¿No me ha oído, Connors?

El G-man pareció volver en sí.

—¿Cómo...?

—Le preguntaba si piensa permanecer mucho tiempo en Chicago.

—¡Ah...! Pues... no sé. Depende de una serie de factores ajenos a mi voluntad.

Se detuvieron frente a una de las puertas del corredor. Janet introdujo la llave en la cerradura. Penetraron en el apartamento. La muchacha accionó el interruptor del *living*.

Las célebres «Canciones de amor» de Brahms flotaban majestuosamente en el ambiente. Antes de que Connors formulara alguna pregunta sobre la procedencia de aquella música, se abrió una puerta.

El agente del F.B.I. parpadeó agradablemente sorprendido.

Una muchacha de extraordinaria belleza había aparecido bajo el umbral. Muy joven. Puede que no rebasara los veinte años. En su ovalado rostro destacaban unos ojos verdes, rasgados, de intensa mirada. La nariz era breve y los labios gordezuelos y húmedos. La joven lucía una sucinta bata de seda sobre una deshabillé muy transparente. Al percatarse de la presencia de Connors, cerró precipitadamente la bata mientras en sus labios nacía una dulce y tímida sonrisa.

—¡Oh, perdón... no...!

Janet se aproximó a la turbada muchacha.

—No te hacía en casa, Connie. Creí que te ibas a cenar con Fletcher.

—A última hora cambié de plan.

—Te presento al señor Connors. Connie es una buena amiga con la cual comparto el apartamento. Nos hacemos mutua compañía.

—Es un placer, señor Connors.

—Hola, Connie.

Connie volvió a sonreír algo forzadamente.

—Bueno... me voy a dormir y...

—No tienes que mostrarte cohibida —rió Janet—. Sirve un *brandy* a Connors mientras yo me quito los zapatos. ¡Llevo los pies destrozados!

Janet se alejó por el largo corredor introduciéndose en una de las puertas del pasillo.

Connie y el agente del F.B.I. penetraron en el salón.

En el tocadiscos giraba un *long-play* de Brahms. Sobre el largo sofá se veían revistas femeninas.

Connie fue hacia el coquetón mueble-bar.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a Janet?

—Un par de días.

—Janet es una buena chica, señor Connors. Celebraría que su amistad con ella prosperase. Janet necesita olvidar.

El G-man sonrió imperceptiblemente.

La muchacha le tendió el *brandy*. Al hacerlo, la bata de seda volvió a abrirse. El deshabillé cortito dejaba poco para la imaginación. Richard Connors sintió la garganta seca. Se atizó el *brandy* de un solo golpe. Para paliar la impresión.

Connie volvió al mueble-bar mientras que el G-man se aproximaba a la ventana. Apartó los visillos. De pronto todos sus nervios quedaron en tensión. Desde allí podía ver su estacionado coche. También podía divisar al individuo que manipulaba en el motor del «Chevrolet».

—¿Le gusta Brahms, señor Connors? Yo opino que...

El agente del F.B.I. ante el estupor de la muchacha, corrió precipitadamente hacia el *living*.

—¡Señor Connors!

El G-man abrió en ese momento la puerta del apartamento. Desoyó la

llamada de la joven. En veloz carrera avanzó por el pasillo. No se detuvo en esperar el ascensor, sino que bajó la escalera a grandes zancadas.

Pasó como una exhalación, ante el mostrador de recepción. El conserje le contempló perplejo.

Richard Connors llegó a la puerta de salida. Su diestra fue en busca del reglamentario revólver calibre 38.

El individuo que manipulaba en el «Chevrolet» se percató de la salida del agente del F.B.I. Emprendió la huida cruzando la calzada en zig-zag.

Connors alzó el brazo armado.

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

El tipo no hizo caso. Se precipitó en el interior de un «Pontiac» que aguardaba ya con el motor en marcha. El coche arrancó arañando el asfalto.

El G-man no apretó el gatillo.

La distancia haría inútil el disparo.

Soltó una maldición por lo bajo mientras introducía nuevamente el revólver en la funda sobaquera. Con lento paso se dirigió hacia el estacionado «Chevrolet».

Sus labios sonrieron burlones.

Contempló el artefacto explosivo que había sido colocado en el motor del auto. De accionar el contacto, el «Chevrolet» hubiera saltado por los aires.

El hombre del F.B.I., con pasmosa sangre fría, procedió a desmontar el artefacto. Lo depositó cuidadosamente sobre el asiento posterior. Aquello le sería de mucha ayuda para descubrir la identidad de su frustrado asesino.

Richard Connors alzó la mirada.

En la segunda planta del edificio, en la iluminada ventana, vio la borrosa figura de una mujer. Sin duda se trataba de la seductora Connie.

El G-man sonrió imperceptiblemente al recordar el estupor de la muchacha.

No era el momento de explicaciones ni de pedir disculpas y tenía mucho que hacer.

Se acomodó frente al volante, alejándose en veloz carrera a Seaton Street.

CAPITULO IX

HAROLD Freeman movió la cabeza de un lado a otro.

—Te lo advertí, Richard. Tu vida no vale un centavo. Al haber dado tu domicilio a Angie Sithers, estás a merced de ellos. Pueden seguirte sigilosamente y atentar contra ti impunemente. ¿Qué hubiera ocurrido de no asomarte a la ventana?

Richard Connors, reclinado en uno de los sillones, lanzó una indolente bocanada de humo.

—Que no estaría aquí soportando tus sermones.

—Muy gracioso.

—¿Se ha descubierto algo con relación al destrozado Monumento a la Paz?

El Agente Especial Encargado cogió un papel situado sobre la mesa escritorio.

—Poca cosa. El procedimiento utilizado es el más corriente. Una caja con diez cartuchos de dinamita unidos por un cable a unas pilas secas y a un mecanismo de relojería.

—Es obligación poner el nombre del fabricante en los cartuchos de dinamita. ¿Se ha podido averiguar...?

—No, Richard. Fabricación casera —interrumpió Freeman—. Al igual que el explosivo colocado en tu coche. Tenemos varios sospechosos en cartera. En Chicago hay cientos de maleantes especializados en la fabricación de explosivos, pero pronto iremos descartando a muchos de ellos.

—Ésa es una de las pistas, Harold; pero hay otras a seguir.

—¿De veras?

El G-man sonrió. Sabía el efecto que sus palabras iban a causar en Freeman.

—Seguro, Harold. Voy a investigar a tu buen amigo John Quillan.

El Agente Especial Encargado, permaneció inmutable. Su respuesta sí sorprendió a Connors.

—Te refieres a lo de la «Garrick & Company», ¿no? Sufres un error, Richard. Salió del propio Quillan mencionar su relación con la «Garrick & Company». Si fuera culpable no hablaría.

—¿Qué relación tiene con la Company?

—¡Maldita sea! ¿No es esa tu sospecha? Ayer, en mi entrevista con Quillan, salió a relucir el robo a la «Garrick & Company». Quillan comentó que su hijo Ralph trabajó en esa sucursal por espacio de dos años. Abandonó el puesto para ir a Vietnam.

—No sabía eso...

—¿Entonces...?

—Mis sospechas iban hacia el atentado al Monumento a la Paz. Fundadas en el trastorno mental de John Quillan.

—¿Trastorno mental? ¿De qué diablos estás hablando?

—Una lesión en el cerebro que se transmite de padres a hijos. John Quillan la heredó de su padre y la depositó en Ralph.

—¡Eso es absurdo!

—¿Por qué no lo investigas? En los Quillan, la desesperación es el preludio a la locura. Ocurrió con Ralph en Vietnam. John sufre una profunda depresión por la muerte de sus hijos, acrecentada ahora por la desaparición de Ingrid. El padre de John, su abuelo... todos están marcados.

—¡John Quillan es una persona normal! ¡En sus veinte años de servicio jamás...!

—Es ahora, Harold, ahora —recalcó Connors interrumpiendo a su compañero— cuando se inicia la locura. Antes nada atormentaba su mente. La tragedia vivida reacciona en su cerebro impulsándole hacia la destrucción. Odia a la sociedad. La sociedad le ha privado de sus dos hijos. Por otro lado está su desamparo, su soledad, su impotencia al verse rechazado por la Policía.

—Todo eso son suposiciones.

—Te será fácil conocer la verdad. Infórmate del padre y abuelo de John Quillan. ¿O acaso tienes miedo de descubrir la verdad?

Harold Freeman no contestó. Pulsó con irritado ademán una de las palancas del interfono. Con voz ronca formuló unas breves y concisas órdenes. Luego dirigió una dura mirada a Connors.

—Dudo que seas un buen agente del F.B.I., Richard. Un perfecto G-man no hace caso a absurdos. Antes sospechabas de Ingrid, su mujer, y ahora de él.

—Jamás sospeché de Ingrid. Una mujer es incapaz de preparar una carga de dinamita y...

—¿Otra corazonada, Richard?

Fue ahora Connors el que se incorporó irritado. Sus ojos relampaguearon furiosos ante el hiriente sarcasmo de Freeman.

—John Quillan puede ser culpable, pero eso no te entra en la cabeza, ¿verdad? Tu amistad con ese hombre está por encima de todo. Muy bien, Harold. No es asunto mío. Mi único interés se centra en Howard Ekland.

Freeman se reclinó en el sillón giratorio. Entrelazó los dedos de las manos.

—Dudo del éxito de tu misión, muchacho. Si deseo que salga bien, es por perderte de vista. Pero no será así. No te enfrentas a vulgares hampones. Ekland es zorro viejo.

—Jamás regreso fracasado.

—Algún día tenías que empezar.

Sonaron unos discretos golpes sobre la puerta vidriera. Freeman dio la autorización para entrar. Un hombre en mangas de camisa, con la funda sobaquera muy visible, tendió un papel a Harold Freeman para acto seguido abandonar el despacho.

El Agente Especial Encargado leyó el papel en silencio. Alzó la mirada para enfrentarse con Connors.

—Bien, Richard. Estabas en lo cierto. El padre de John Quillan fue internado en un sanatorio para enfermos mentales. Se arrojó por el hueco de un ascensor. Su abuelo incendió su casa pereciendo mujer y tres hijos. ¿Qué prueba eso en la actualidad? ¿Por qué diablos tiene John Quillan que estar loco? Su modo de actuar es el de una persona muy cuerda.

—Demasiado tal vez.

—¿Qué insinúas?

—El detalle de que su hijo Ralph trabajara en la «Garrick & Company» es muy significativo.

Freeman rió en seca carcajada.

—Ya. Sospechas de John como ladrón de la caja fuerte. ¡Y escapó arrastrando su pierna lisiada!

—No le es necesario. Quillan, como tú mismo sabes, está relacionado con el mundo del hampa. Conoce a todos los maleantes de Chicago. Pudo encomendar el trabajo a dos profesionales.

—¡Maldita sea! ¡Si Quillan fuera culpable no mencionaría que su hijo Ralph estuvo empleado en la «Garrick & Company»!

—Lo hizo para despistar.

—¡Vete al infierno!

Richard Connors sonrió.

—Estaba esperando esa orden de un momento a otro. Hasta pronto, Harold.

—¡Qué importa...! Ya me has fastidiado la mañana...

—Cuídate la úlcera.

El G-man se disponía a abandonar el despacho cuando un hombre entró precipitadamente.

—¿Qué ocurre, Bull?

—¡Tres hombres han asaltado la «Factoría Stockwell»! ¡Se han llevado cerca de un millón de dólares!

CAPITULO X

HOWARD Ekland era un individuo que se consideraba con un atractivo especial para las mujeres. Incluso ya antes de la operación quirúrgica. Su rostro semejaba ahora al de un galán de cine. Ojos soñadores, nariz correcta y labios de firme trazo. Largas patillas se prolongaban de su negra cabellera.

—¿Qué diablos miras, Douglas?

—No me acostumbro a verte con esa cara, Howard.

—Igual me ocurría a mí los primeros días. Al mirarme al espejo siempre hacía ademán de sacar la «Magnum» y liquidar a aquel desconocido.

Los tres hombres rieron en sonoras carcajadas. Pero sus estridentes risas carecían de alegría. Estaban nerviosos, inquietos.

—¿Seguro que no os han seguido?

—Tranquilo, Howard —dijo Goulding succionando un emboquillado—. Angie es la única que está sometida a vigilancia por el F.B.I.; no obstante, hemos dado varios rodeos capaces de despistar al mismísimo Sherlock Holmes.

—Buena idea refugiarte aquí, Howard. ¡En pleno Boulevard Michigan!

—Cierto, Douglas. Los sabuesos me buscan por los arrabales, por el mísero Barrio de Harding o por Buffalo Road. Pero no aquí. En un lujoso apartamento del Boulevard Michigan. Junto con la gente fina y los potentados.

Karl Goulding consultó la negra esfera de su reloj.

—Se aproxima la hora.

—Entonces en marcha.

—Howard...

—¿Qué ocurre, Douglas?

Widmark se pasó la punta de la lengua por los labios en un repetido e instintivo gesto.

—¿Confías en ese misterioso comunicante?

—¿Por qué no? El primer golpe os salió bien. No me gusta que el tipo permanezca en la sombra, pero no me importa. El plan de acción que nos ha proporcionado me parece bueno. Diabólicamente ingenioso.

—Es arriesgado y...

—No es mucho el peligro, Douglas. Se trata de un millón de dólares. Dólares sin marcar y sin control.

—¿Qué me dices de su orden de destruir el Monumento a la Paz de Harbor Hill?

Howard Ekland se encogió despreocupadamente de hombros.

—¡Debe estar chiflado! Eso a nosotros no nos incumbe. Yo estoy de

acuerdo con Karl. Por un millón de dólares vuelo media ciudad.

—No es momento de vacilar —dijo Karl Goulding con tensa voz—. Tenemos el tiempo justo.

Ninguna otra palabra.

Howard Ekland cogió un negro maletín.

Los tres hombres abandonaron el apartamento.

Se encontraban en un moderno rascacielos enclavado en el corazón del Boulevard Michigan. La mayoría de los apartamentos estaban destinados a oficinas y delegaciones.

Uno de los elevadores les situó en la planta baja. De allí pasaron al *parking* del edificio acomodándose en un «Ford Continental» negro.

Karl Goulding iba al volante.

El largo trayecto fue recorrido en silencio.

Los tres hombres recordaban interiormente su misión. Un plan de acción ensayado una y otra vez. No eran necesarias las preguntas. Ellos eran auténticos profesionales.

Llegaron a Fosters Street.

Goulding detuvo el coche en una de las esquinas. Volvió a consultar la esfera de su reloj.

Su rostro se perló de diminutas gotas de sudor.

Transcurrieron lentos los minutos.

—¡Por allí viene!

Una furgoneta blindada enfilaba Fosters Street para detenerse a pocas yardas del «Continental» negro.

Los tres hombres se colocaron unas oscuras medias de seda por la cabeza. Ekland sacó la automática «Magnum». Su compañero Widmark sopesaba una ametralladora «Browning».

Tres minutos más de espera.

Tres minutos.

Ni una fracción de segundo más.

Karl Goulding apretó a fondo el acelerador. El «Continental» rugió sobre el asfalto lanzándose en vertiginosa carrera hacia la estacionada furgoneta. Se detuvo a escasas pulgadas de la carrocería.

Los tres hombres descendieron casi al mismo tiempo.

Goulding, empuñando una «Germán Luger», se precipitó sobre la ventanilla del coche blindado encañonando a su conductor.

—¡Abajo! ¡Rápido!

Ekland y Widmark penetraban en ese momento en el patio de la fábrica. Dos hombres, procedentes del montacargas, portaban una voluminosa caja metálica.

Iban escoltados por un individuo que empuñaba una pistola. Soltó el arma al verse encañonado.

En ese momento sonó la alarma.

Aquello no pareció sorprender a los atacantes.

Lo esperaban.

Conocían la existencia de un circuito cerrado de televisión que seguía todos sus movimientos. Sabían que nada más entrar sonaría la alarma.

—¡Aparta la pistola con el pie! —ordenó secamente Ekland con el rostro desfigurado por la media de seda—. ¡Vosotros dejar la caja en el suelo!

Obedecieron.

Goulding entró corriendo. Ayudó a Widmark a transportar la caja metálica al coche. Ekland les protegía la retirada.

Una vez en el «Continental», Widmark hizo funcionar la ametralladora. La ráfaga obligó a los tres hombres de la fábrica a arrojar al suelo evitando así ser alcanzados. Aquello dio tiempo a Ekland para acomodarse frente al volante.

Junto a la furgoneta blindada yacía el conductor con la cabeza ensangrentada.

El «Ford Continental» inició una veloz carrera.

La alarma seguía sonando.

Los tres hombres se despojaron de las medias de seda. Incomprensiblemente, Goulding enfíló el coche hacia el populoso Barrio Spring. Donde el tráfico era más intenso.

El ulular de los coches patrulla se dejaba oír a lo lejos.

Howard Ekland abrió el negro maletín. Comenzó a reír histérico.

Aquel maletín contenía el dinero robado en Nueva York a la «United States Heywood, Co». Cerca de doscientos mil dólares.

Douglas Widmark unió sus risas a las de Ekland. Los dos comenzaron a arrojar el dinero por la ventanilla del coche.

Hasta el último dólar.

* * *

El policía uniformado de la Metropolitan movía mucho los brazos al hablar.

—Fue algo inenarrable, señor Freeman. ¡Miles de dólares flotando en el aire! Los coches se detenían y sus conductores se lanzaban desesperadamente a la caza del dinero. Hay varios heridos en el tumulto formado. En toda la zona sur de Barrio Spring quedó paralizado el tráfico. La gente se disputaba el dinero como fieras, subidos sobre el capó de sus coches... El atasco nos impidió seguir al «Continental» negro. Se ha cercado la zona y tratamos de recuperar ese dinero llovido del cielo. Richard Connors seguía las explicaciones del agente con una burlona sonrisa a flor de labios. Sus manos jugueteaban con un billete de cien dólares.

—¿Pertenece al robado de la «United States Heywood»?—inquirió Freeman.

—Por supuesto. Era papel mojado para Ekland. Lo ha utilizado bien el muy marrano. Tres hombres... Ekland, Widmark y Goulding. Como en los viejos tiempos.

—Es posible. Lo cierto es que Widmark y Goulding presentarán buenas coartadas. Estoy seguro.

El agente de la Metropolitan Police estaba hablando por la radio del coche patrulla. Se dirigió nuevamente a Freeman.

—Han encontrado el «Continental» negro, señor. Lo tenemos en la lista de coches robados.

Harold Freeman inspiró profundamente.

—Todo perfecto, pero esta vez no les saldrá bien.

—El conductor de la furgoneta no ha podido facilitar gran cosa. Uno de los asaltantes le golpeó. Los otros tres hombres tampoco aportan datos concretos. Los ladrones iban enmascarados con oscuras medias de seda. Tal vez las cámaras de televisión del circuito cerrado...

Connors se interrumpió bruscamente.

Del grupo de curiosos que se amontonaban frente a la fábrica asaltada descubrió a Connie. La muchacha discutía con uno de los agentes de la Metropolitan Police.

—Nos veremos luego, Harold.

—¿Adonde vas?

El G-man no contestó a la pregunta de Freeman. Se encaminó hacia el lugar donde se encontraba la muchacha.

—¿Qué ocurre, agente?

El policía uniformado saludó a Connors.

—Esta señorita es periodista y quiere entrar a toda costa.

—Ignoraba que eras periodista, Connie —sonrió Connors burlón—. ¿Del Tribune?

—No tengo tanta categoría.

—No se puede pasar, Connie. Ni tú ni ningún reportero. La Policía está con las investigaciones de rigor. Pero yo puedo proporcionarte alguna información.

Los verdes ojos de la muchacha brillaron con fuerza.

—¿De verdad?

—Seguro, pequeña.

Richard Connors cogió a la joven por el brazo apartándola de la multitud de curiosos.

Connie llevaba un abrigo midi de verano. Un suéter cuello de cisne asomaba bajo la prenda.

—¿Tienes coche, Connie?

—Dos calles más abajo. He tenido que dar un rodeo para llegar a

Fosters Street. El embotellamiento del Barrio Spring me ha obligado a ello.

El coche de Connie era un plateado «Chrysler» de dos puertas. La muchacha, antes de situarse frente al volante, se despojó del abrigo.

Los ojos de Connors se pusieron vidriosos.

Connie lucía unos «minishorts» y el largo suéter de cuello de cisne ceñido a la cintura por un ancho lazo negro. Calzaba juveniles botas. El conjunto era diabólicamente seductor.

—¿Ocurre algo, señor Connors?

El agente del F.B.I. desvió los ojos de los bronceados muslos femeninos.

—¿Qué...? ¡Oh, no... nada! Estaba pensando.

—¿Se hace cargo el F.B.I. del robo a la «Factoría Stockwell»?

Richard Connors encendió un «Pall Mall». Succionó un par de veces el cigarrillo antes de contestar a la joven.

—No. Eso es cosa de la Policía local. No nos incumbe.

—¿Qué hacía entonces frente a la fábrica?

—Uno de los asaltantes sí interesa al Federal Bureau of Investigation. Se trata de Howard Ekland.

—¿El ladrón de la «United States Heywood, Co»?

—Correcto.

—Se deduce que el dinero arrojado por las calles de Barrio Spring era el robado en Nueva York.

—Sí. Estaba marcado y controlado. No era de utilidad para Ekland. Más bien un peligro.

El coche dejó atrás la zona de Fosters Street.

—¿Quiere ir a algún sitio en particular, señor Connors?

—No. Y te ruego que me llames Richard.

—De acuerdo, Richard. Entonces iremos hacia la redacción de mi periódico. Buena noticia para los lectores. ¡Cerca de un millón de dólares de botín!

Connors interrumpió el iniciado ademán de llevarse el cigarrillo a los labios. Dirigió una inquisitiva mirada a la muchacha.

—¿Cómo sabes eso?

—¿El qué?

—La cuantía del botín.

—Hoy es viernes, ¿no? Los viernes llega la furgoneta para hacerse cargo de la nómina y pagos. El dinero es distribuido por las sucursales de Chicago y por las emplazadas en distintos puntos del Estado de Illinois.

—Muy interesante.

Connie rió en cantarina carcajada.

—¿Sospecha de mí?

—Es posible.

—Hace justamente una semana realicé un amplio reportaje al hijo de Eddie Stockweel. El motivo era su boda con una inglesita de la alta

sociedad londinense. La entrevista fue en la propia «Factoría Stockwell». Me informaron de muchas cosas.

—¿Incluso del traslado del dinero?

—Sí. El hijo de Stockwell se vanagloriaba de los métodos de seguridad. La furgoneta blindada era inaccesible. Sólo se podía abrir desde el interior. El corto trayecto desde el montacargas a la furgoneta era seguido por un circuito cerrado de televisión. De intentarse el robo, sonaría de inmediato la alarma y los asaltantes quedarían cercados por la Policía. No pasó por su mente la artimaña de Ekland arrojando el dinero por la ventanilla. ¡Miles de dólares! Mis compañeros de redacción han logrado varias fotografías de respetables ciudadanos disputándose los billetes voladores.

—Stockwell fue un estúpido al darle esa información.

—Yo no le culpo. Confiaba plenamente en sus métodos de seguridad.

—¿Comentó con alguien la entrevista realizada a Stockwell?

Connie sonrió.

—Salió en la página cuatro de mi periódico. A dos columnas, junto a la foto de la boda.

Richard Connors hizo una extraña mueca. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla en irritado gesto. Sólo al contemplar de nuevo los esbeltos muslos de Connie pareció calmarse.

—¿Puedo relatar a mis lectores la participación de Howard Ekland en el robo?

—No hay inconveniente, Connie.

—¡Magnífico! Será un buen reportaje en exclusiva, ya tengo el titular. «Lluvia de dólares sobre Barrio Spring».

Connors soltó una maldición por lo bajo. Los verdes ojos de la muchacha se posaron fugazmente sobre el agente del F.B.I.

—¿Está enfadado conmigo, Richard? Soy yo la que debería estar enojada.

—¿Por qué?

—Ayer noche escapó del apartamento como alma que lleva el diablo.

El G-man sonrió.

—Tu deshabillé me puso nervioso.

—No fue ése el verdadero motivo. Te vi por la ventana dar el alto a un individuo.

—¿Quieres otra exclusiva?

—¿Por qué no?

—Es muy largo de contar —la mano izquierda de Connors se posó despreocupadamente sobre la rodilla de la joven—. ¿Por qué no creer que mi huida fue motivada por la seductora deshabillé? Yo soy muy tímido, Connie.

La mano de Connors subió unas pulgadas.

—Richard... como no estés quieto llamaré a la policía.

—¿No te sirve el F.B.I.?

Los dos rieron alegremente.

Poco más tarde Connie estacionaba el coche cerca de Harrison Street. Junto al hotel Fort Dearborn.

—Ahí está la redacción del periódico. En treinta minutos habré terminado de dar la noticia. ¿Me esperas?

Richard Connors consultó la esfera de su reloj de pulsera. Denegó con un movimiento de cabeza.

—No me es posible.

—Es una pena. Me hubiera gustado agradecer tu información.

—¿Por qué no a la tarde?

Los carnosos labios de Connie trazaron una sensual sonrisa.

—De acuerdo. A partir de las seis estaré en mi apartamento.

Connors se inclinó sobre la muchacha besando aquellos gordezuelos y húmedos labios. Acto seguido abandonó el auto. Se despidió con un ademán. Se adentró por Van Buren Street hasta descubrir una cabina telefónica.

Su dedo índice recorrió el dial.

—Soy Connors. Dame comunicación con Bull.

El G-man aprovechó la pausa para encender un cigarrillo. Llegó la voz de su compañero Bull.

—¿Qué hay, Richard?

—Eso te pregunto yo. ¿Algo nuevo?

—Poca cosa. El poderoso Griffith ha formulado una denuncia contra ti por supuestos malos tratos en la persona de su delicado hijo Sidney. Por cierto que Sidney ya recuerda donde le fue sustraído el «Mustang»: frente al club de Goulding. Sidney es un buen cliente del local.

Connors sonrió imperceptiblemente.

El círculo se iba cerrando.

—¿Está ahí Freeman?

—Todavía no ha regresado.

—¿Algo más?

—No, Richard. Todo sin novedad y... ¡un momento!

Richard Connors aguardó unos segundos. De nuevo sonó la voz de Bull. Excitada y nerviosa.

—Buena noticia, Richard. Tu plan dio resultado. Te voy a comunicar con el escondite de Howard Ekland, junto con el nombre del organizador de los robos a la «Garrick & Company» y a la «Factoría Stockwell».

CAPITULO XI

HOWARD Ekland aún no podía controlar su hilaridad.

—¡Qué espectáculo, muchachos! ¡La gente honrada de Chicago se comportaba como fieras de la jungla! Según el boletín de televisión hay varios heridos en la lucha por el dinero.

Karl Goulding acariciaba un vaso de *whisky*. Sus labios también dibujaban una sonrisa.

—Hay que reconocer que fue un buen plan. Audaz e ingenioso. Tenía mis dudas sobre el éxito del trabajo.

—La seguridad en sus métodos les perdió. Creían que con el circuito de televisión ya estaba todo solucionado. ¡Pero nosotros teníamos planeada la fuga!

—Todo fue idea de ese misterioso comunicante.

—Cierto, Douglas —comentó Ekland—. A mí jamás se me hubiera ocurrido desprenderme tan espectacularmente del dinero de la «United States Heywood». ¡Y con tanto provecho! Tengo ganas de conocer a nuestro hombre misterioso.

—Falta poco para eso. —Goulding bebió un sorbo de *whisky*—. En la última conversación celebrada quedamos citados aquí. Tiene nuevos planes en perspectiva.

Douglas Widmark se incorporó del sillón. Tenía los nervios a flor de piel. Comenzó a pasear de un lado a otro del salón.

—No estoy tranquilo. Ese individuo puede llegar acompañado de otros y arrebatarlos el botín. ¿Por qué citarlo aquí, Karl? ¡Era preferible en el «Simoom» o en mi sala de billares!

Ekland chasqueó la lengua un par de veces.

—No seas estúpido, Douglas. Yo no podía desplazarme a esos sitios. Aquí en el Boulevard Michigan estoy seguro. Ahora más que nunca es cuando debemos tomar precauciones. Al arrojar el dinero robado a la «United States Heywood» yo mismo me he delatado. Yo... y dos hombres más. Las primeras sospechas recaerán sobre vosotros. Sé que os habéis proporcionado buenas coartadas, pero eso no es suficiente. Hay que obrar con cautela.

—Lo mejor sería repartir el dinero y cada cual por su lado. ¡Cerca de trescientos mil dólares para cada uno! Nuestro comunicante misterioso se puede ir al infierno.

—Has perdido facultades, Douglas. Eso es precisamente lo que espera la Policía. No habrá reparto hasta que haya transcurrido un tiempo prudencial. Vosotros dos seguiréis con toda normalidad al frente de vuestros respectivos negocios. El dinero no saldrá de aquí.

—Tú no eres de fiar, Howard.

—Lo sé, Douglas. Pero podéis estar tranquilos. Mientras ese agente del F.B.I., ese maldito Richard Connors siga con vida yo no estaré seguro. Creo que no queréis liquidarlo.

—Te equivocas —protestó Goulding sirviéndose una nueva ración de *whisky*—. Cummings colocó un explosivo en su coche pero fue descubierto. Lo seguiré intentando, Howard. Te juro que acabaré con ese agente. Es un tipo peligroso. Por dos veces ha escapado a la muerte.

—Bien... Puede que se canse de husmear y abandone la presa. Aquí estoy seguro.

—Me preocupa, Angie.

—¿Que ocurre con ella?

—Quiere verte.

—¡Al diablo con Angie! Dile que si se atreve a venir por aquí bañaré su rostro en vitriolo. Ella sabe que no bromeo.

—¡Maldita sea, Douglas! ¡Deja de moverte!

—¡No quiero intervenir en más robos! ¡Darme mi parte del botín! Tú mismo lo has dicho, Howard. ¡La Policía está sobre nosotros! Vigilarán día y noche nuestros pasos. Cualquier otro atraco y volveremos a prisión. ¡Ya no estamos en el Chicago de los años treinta!

—Tranquilo, compañero. Otro golpe y nos retiramos. Esperemos al nuevo proyecto de nuestro hombre X. Si no es factible te prometo que nada haremos. Yo tampoco quiero verme entre rejas.

De pronto sonó el timbre de la puerta con cinco llamadas breves e ininterrumpidas.

Era la señal.

—¡Es él! —exclamó Goulding— ¡Esa fue la señal convenida!

Ekland abrió la puerta del apartamento y quedó paralizado por la sorpresa.

Una mujer estaba bajo el umbral.

Una mujer de extraordinaria belleza que respondía al nombre de Janet.

* * *

La perplejidad aún se reflejaba en el rostro de Ekland. Se hizo a un lado para dejar paso a la muchacha.

—¿Tú... tú eres...?

Janet sonrió.

—Sí. Yo soy el cerebro de los robos a la «Garrick & Company» y a la «Factoría Stockwell». ¿Sorprendido?

—Comprendo. Tú debes ser Ekland, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dónde están los otros?

La mujer avanzó con decidido paso. Sus caderas iniciaron un leve y

sensual balanceo. Lucía un vestido y cazadora en algodón estampado rojo y blanco. La corta falda le llegaba a mitad del muslo.

Widmark y Goulding también parpadearon estupefactos. Sus armas encañonaban a la seductora Janet. Ésta sonrió divertida.

—¿Levanto los brazos?

—¿Ésta es la voz ronca de tu comunicante, Karl?

—Es, es...

—Puedo dar todos mis informes de nuevo si es que desconfían de mí. Es fácil desfigurar la voz por teléfono. ¿A cuánto alcanza el botín?

—Ochocientos cuarenta y siete mil dólares.

—Creí que había más. No importa. Pronto doblaremos esa ridícula cantidad.

—¿Cómo te has puesto en contacto con nosotros? ¿De qué conocías a Goulding?

—Eso no importa.

—Al contrario, nena —dijo Widmark con tensa voz—. Nos interesa mucho. Nosotros no sabemos quién eres y tú sin embargo sabes muchas cosas de nosotros.

—Creí que sólo os importaba el dinero.

—También nuestro pellejo.

—Nada pienso deciros de mí.

—Eres muy valiente, nena —la mano de Ekland abarcó el cuello femenino—. ¿Qué ocurriría si apretara tu linda garganta?

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Pues... tal vez para quedarnos con tu parte del botín.

—Sería un grave error. Tres millones de dólares nos están esperando. ¿Los ibas a desperdiciar por quedarte con ochocientos mil?

—¿Tres millones...?

—Eso he dicho. Vuestro próximo trabajo proporcionará un botín de tres millones de dólares. Con menos riesgo que en la «Factoría Stockwell».

—¡No hacerle caso! —exclamó Widmark nervioso—. ¡Está loca! ¡Vamos derechos a presidio!

—Cierra el pico, Douglas —dijo Ekland con una sonrisa a flor de labios—. ¿Olvidas nuestras ganancias? Esta mujer es una valiosa fuente de información. ¿Cuál es el plan, muñeca?

—Todavía es pronto para hablar de eso.

—Comprendo. Quieres tu parte del botín, ¿no es cierto?

—Te equivocas. No tengo prisa.

—¿Entonces?

—El plan para apoderarnos de los tres millones de dólares os lo comunicaré dentro de cinco días.

—Ya. Cinco días de descanso, ¿verdad?

—No del todo. Tenéis que realizar varios trabajos en esos cinco días.

—¿Qué quieres decir?

—Vais a colocar potentes explosivos en el Field Museum, en la Biblioteca Central de Washington Street y en el Art Institute.

CAPITULO XII

DOUGLAS Widmark fue el primero en reaccionar. Al igual que a sus compañeros, las palabras de Janet le habían causado profundo estupor. Por ser el más excitado habló en primer lugar.

—¿Os dais cuenta? ¡Está loca! ¡Quiere volar la ciudad!

—Calma, muchachos. Estoy seguro que nuestra amiga ha sufrido una insolación. No sabe lo que dice.

—Ésa es mi única condición. De no cumplirse el botín de tres millones se esfumará en el aire.

—¡Al diablo contigo! —exclamó Widmark fuera de sí—. No le hagamos caso. Será nuestra perdición.

Ekland y Goulding intercambiaron una significativa mirada. La codicia les dominaba. Tres millones de dólares... aquella cantidad repiqueteaba en sus mentes una y otra vez.

—Hemos volado el Monumento a la Paz de Harbor Hill sin sacar por ello ningún provecho. Era, según tú, una muestra de confianza. Y ahora nos pides... De acuerdo, nena. Yo estoy conforme. Pero también quiero imponer mis condiciones. Quiero conocer ahora el plan.

—No soy tan ilusa, amigo. No hay trato. Antes de que yo hable se cumplirán mis órdenes. Sólo así llegarán a vuestro poder los tres millones de dólares.

Howard Ekland comenzó a perder paciencia.

—¡Maldita sea! ¿Por qué diablos tenemos que hacer eso? ¿Qué fin persigues con ello?

—Yo puedo decírtelo, Ekland.

La voz llegó desde la puerta del salón. Los tres hombres se volvieron con rapidez, pero ninguno intentó nada.

Richard Connors ya les estaba encañonando con su revólver.

Douglas Widmark, pálido como un cadáver, gimió:

—Os lo advertí... todo era una trampa... esta maldita perra...

—Te equivocas, Widmark. Ha sido el F.B.I. quien os ha descubierto —dijo Connors con voz carente de inflexión—. Hola, Ekland. Nos volvemos a encontrar. Juré en Nueva York que no escaparías.

Howard Ekland se encogió de hombros. Sus labios forzaron una sonrisa.

—No siempre se gana. ¿Cuál fue mi error?

—Debo reconocer que jamás te hubiera buscado en el Boulevard Michigan. Mis compañeros del Departamento intervinieron la línea privada de Goulding escuchando una bonita conversación. Yo también acudí a la cita. He pedido un duplicado de la llave de este apartamento al conserje. Y aquí estoy. Lo lamento por ti, Janet. Mis compañeros del F.B.I. comunicaron que la persona que hablaba con Goulding lo hacía desde el

Janet permanecía impasible. Su bello rostro no reflejaba ninguna emoción.

—Yo también lo lamento... me hubiera gustado destruir poco a poco la ciudad, sembrar el caos entre la población... reducir Chicago a cenizas... Eso le hubiera gustado a Ralph.

El G-man, pese a seguir con atención las palabras de la muchacha, no perdía de vista a los tres hombres. Su diestra empuñaba firmemente el reglamentario revólver del 38.

—¿Todo lo has hecho por él? Ralph está muerto... ¿no lo comprendes?

—Sí, lo sé. Ralph está muerto... y Chicago, su querida ciudad, debía morir con él. Ralph era todo mi amor. Compartí con él la infancia, sus sueños, sus ilusiones... Ralph estaba enfermo... me decía que la ciudad de Chicago le pertenecía, que era su propietario... Pobre Ralph... Jamás debió ir Vietnam. Aquello acabó con él. Su amada Chicago ya no estaba a su alcance. Yo comencé a odiar a la ciudad, a sus gentes... Chicago quedaría reducida a cenizas. Ésa era mi meta. Para eso necesitaba la colaboración de seres sin escrúpulos. Estaba en casa de John Quillan cuando oí hablar de Ekland, Widmark y Goulding. Me puse en contacto con el último de ellos. A cambio de productivos atracos ellos cumplirían mis órdenes. Yo conocía la combinación de la caja fuerte de «Garrick & Company». Cuando Ralph trabajaba allí abrió la caja en mi presencia ininidad de veces. Luego, lo de la «Factoría Stockwell» se me ocurrió al ver un reportaje de mi compañera de apartamento. Lo planeé teniendo en cuenta el robo de Ekland en Nueva York. Pero a mí no me importa el dinero... quiero que Chicago se derrumbe bajo sus propios cimientos, que Ralph, desde el Más Allá, no la eche de menos.

—¡Maldita loca! —gritó Widmark—. Jamás debimos hacerle caso.

Janet sonrió.

—¿Loca?... no... no estoy loca... seguí los juegos de Ralph... él sí estaba enfermo... yo no lo estoy... Ralph era mi vida... toda mi vida...

Súbitamente Howard Ekland se arrojó hacia la muchacha. Su diestra fue en busca de la pistola que descansaba en la funda sobaquera. Intentó parapetarse tras de Janet.

No lo logró.

Una seca detonación se dejó oír.

El ademán de Ekland se vio trágicamente interrumpido. La bala le alcanzó la cabeza.

Karl Goulding también intentó aprovechar aquella oportunidad, pero el agente del F.B.I. desvió el cañón de su revólver accionando por segunda vez el gatillo.

Goulding se desplomó con un rojo orificio en el pecho.

Douglas Widmark fue el único en permanecer inmóvil. Entreabrió los

labios en amarga mueca.

Prefiero morir en presidio.

FINAL

HAROLD Freeman contempló a la muchacha con triste mirada.

Ekland y Goulding fueron sacados en camilla, mientras que dos agentes se hacían cargo de Douglas Widmark. Janet también salió custodiada.

—Pobre muchacha...

—No podía salir bien su plan.

—¿No tienes corazón, Richard? Esa muchacha está trastornada. Estaba muy enamorada de Ralph. Puede que éste le contagiara su locura. Ambos estaban muy unidos. Desde la Infancia jugueteaban por las calles de Chicago. Janet se dejó influenciar por él. Sus sueños, sus ilusiones... Incluso desde el Más Allá seguía a Ralph. Según me has contado ideó, relacionarse con Goulding, después de escuchar nuestra conversación con John Quillan, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien... todo ha terminado. Regresas triunfante a Nueva York. Una vez más. Antes te pasarás por Washington para recibir la felicitación de Hoover, ¿verdad? ¿Le dirás también que has desobedecido mis órdenes? Bull te dijo que esperaras a que yo me reuniera contigo. Pero no. Tú tenías que actuar solo. Demostrar una vez más tu valor. ¡El niño mimado de Hoover!

Richard Connors encendió un cigarrillo.

—Tu úlcera empeora, Harold.

—Ciertas cosas me ponen enfermo, muchacho. No lo puedo remediar. Me gustaría ser como tú, Richard. Insensible a todo. Lanzar acusaciones y luego quedarme tranquilo. ¿Qué me dices de John Quillan? ¿No pides disculpas?

—No era mi intención...

—No sigas, Richard. No tiene importancia. Ingrid ha regresado voluntariamente al sanatorio. Su recuperación es segura. Dentro de poco volverá al lado de Quillan. Juntos, en el sufrimiento olvidarán.

—Me juzgas mal, Harold. Yo también tengo sentimientos, pero no debo dejarme dominar por ellos. La vida es cruel. Y un agente del F.B.I. sebe obrar con el cerebro, no con el corazón. Sólo te diré una cosa: me alegro que el Monumento a la Paz de Harbor Hill haya sido destruido. Es mejor así. Cuando los hombres dejen de morir en Indochina o en cualquier otra parte del mundo, yo mismo contribuiré a levantar un monumento a la paz. Adiós, Harold.

Richard Connors abandonó lentamente el apartamento.

Una vez en el exterior del edificio, respiró con fuerza el viciado aire de la ciudad.

Comenzó a caminar con las manos en los bolsillos y el cigarrillo

humeando entre sus labios.

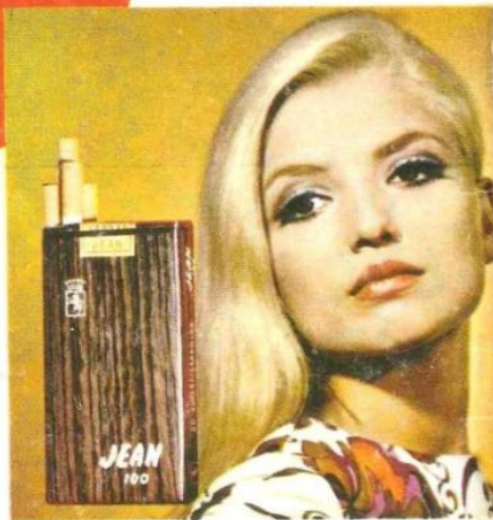
—¡Richard!

Connors se volvió.

Connie, la periodista en busca de noticias, le llamaba desde el interior del «Chrysler».

Los labios del G-man dibujaron una leve sonrisa.

F I N



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

15
PTAS.

NOTAS

[1] Parques de ganado. < <